

BOLETÍN

MUSEO JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

N° 102
Enero - marzo
2021



Autor: Ricardo Portocarrero Grados



PERÚ

Ministerio de Cultura

MUSEO
JOSÉ CARLOS
MARIÁTEGUI

> JCM

ARTÍCULOS:

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y EL PERIODISMO. EL AMAUTA EN EL CIBERESPACIO FILOSÓFICO. ANNA CHIAPPE, LA VIUDA E IMPULSORA DE LA OBRA DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI. UNA GUÍA PARA LEER Y RELEER A MARIÁTEGUI (RESEÑA). GRÁFICA, ARTE Y VIDA INTELLECTUAL. AMAUTA COMO ARTEFACTO (RESEÑA)

Este lunes 15 de marzo se publicó en diversos medios una noticia que no pasó desapercibida. Exactamente, ese día se cumplió un año en que el entonces presidente Martín Vizcarra Cornejo, mediante Decreto Supremo N° 044-2020-PCM, estableciere el Estado de Emergencia Sanitaria en todo el país, el mismo que implicó la inmovilidad social, la restricción del tránsito y el cierre de todas las fronteras. Pese a esto, y otras medidas y acciones paliativas, miles de peruanos que lo han perdido todo, o ingresaron al mundo de la pobreza, no pueden encontrar alivio, y lo que es peor, sienten que nadie hace lo adecuado.

No basta con conmemorar esta fecha, no basta con aprovechar esa circunstancia para exaltar la figura de profesionales que cumplen con sus deberes pues eso es estéril. Siguiendo el espíritu y la ruta abierta por José Carlos Mariátegui, aquí exhortamos a que todos participen, con sus conocimientos, en las discusiones sobre este tiempo pandémico, sobre cómo penetró en las vidas y en todos los manejos minuciosos del poder. Desde diferentes redes sociales, debemos buscar contribuir a la comprensión del momento que vivimos o a mantener activo un espíritu crítico.

Todos tenemos que generar infinitos ámbitos de discusión e introducir nuevas problemáticas sobre la situación. Esta actitud genera las grandes transformaciones. Precisamente, ahora que estamos a pocos días de las elecciones presidenciales, debemos recordar que la democracia contemporánea dice que todos cometemos errores pero que tenemos la oportunidad —cada cierto tiempo— de corregirnos a nosotros mismos. Este es el momento de votar pensando en el futuro. La democracia es la forma valiente de tener un país hacer lo contrario es una forma cobarde de destruirlo.

Este boletín N° 102, que no pudo ser presentado el año pasado, contiene artículos que fueron seleccionados con mucho rigor por Ricardo Portocarrero, ex director del Museo José Carlos Mariátegui y probablemente el investigador que mejor conoce al Amauta. También incluimos en este boletín,

con las disculpas del caso por la demora, “Carta a Mariátegui, en tiempos de pandemia”, de Luis Garate, ganador del concurso “Escríbele a Mariátegui” que se realizó durante las actividades del Mes de Museos este 2020.

Aprovechamos este espacio para informarles que, en esta oportunidad, hemos querido darle un giro a nuestro Boletín con artículos de investigación en la línea de una revista pues aspiramos, en un futuro no muy lejano, convertirla en un órgano que recoja lo más saltante de nuestro tiempo, pero sobre todo del espíritu que las cobija.

Desde el Museo José Carlos Mariátegui queremos expresar nuestro reconocimiento y homenaje a quienes nos dejaron en el último año producto de esta pandemia y expresamos, con mucha fe, la victoria de la vida.

Lima, marzo de 2021

José Carlos Mariátegui y el periodismo

Ricardo Portocarrero Grados

2



Portada del libro: "La acción escrita", de Genaro Carnero

La relación de José Carlos Mariátegui con el periodismo ha sido mucho más mencionada que estudiado. Salvo casos excepcionales, como son los casos de Genaro Carnero Checa y Juan Gargurevich, ambos periodistas de profesión, la actividad periodística, en sus diferentes facetas, todavía se espera un estudio definitivo. El propósito del presente texto es el de realizar algunos apuntes en esa dirección, para lo cual distinguiremos su papel en cuanto redactor, director y editor, según sea el caso.

Antes de comenzar, hemos considerado pertinente señalar algunas cuestiones previas al respecto. En primer lugar, no hay que olvidar que Mariátegui fue fundamentalmente un periodista, profesión a la que se dedicó toda su vida desde muy joven. Fue a partir de los espacios propios del periodismo (el taller, la redacción, la dirección) dónde desarrollo su formación política e intelectual. Muchos marxistas clásicos (Karl Marx, Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci) también tuvieron esta actividad como el centro de su acción política para producir, difundir y debatir ideas, con el fin de convencer y contribuir a formar un movimiento político de masas.

Estos espacios difieren de los espacios propios del mundo universitario (el aula, la cátedra, la biblioteca, la administración). Se ha repetido hasta la saciedad que Mariátegui es un antiacadémico. Pero no hasta el punto que desdeñara la cultura escrita, la academia, la investigación o el estudio, sino en ese sentido banal, de la lógica propia del Perú de las primeras décadas del siglo XX, donde la Universidad Mayor de San Marcos, la más importante del país, estaba controlada por el civilismo.

En segundo lugar, los espacios periodísticos tienen íntima relación con los métodos de trabajo. Mariátegui, por su formación periodística, redactaba cuartillas diariamente contra el tiempo, reelaboraba constantemente, realizaba lecturas comentadas (muchas veces en los bordes de sus libros), elaboraba fichas donde resumía algunas ideas que consideraba pertinentes. No hacía extensos resúmenes en cuadernos, como Karl Marx, sino que trabajaba a través de fichas y, sobre

todo, a través de la práctica diaria del periodismo.

En tercer lugar, para ambos, no existía una dicotomía entre la actividad política y la producción intelectual. En el Perú esta dicotomía ha tenido y tiene una larga y muy fuerte tradición, que se expresa, por ejemplo, a través del discurso aprista de las primeras décadas de exigir a sus militantes la acción práctica, opuesta a la teoría abstracta. Según esta perspectiva, Haya era el político, Mariátegui el intelectual. Más aún, cómo Mariátegui era un minusválido, no podía hacer acción política.

Pero en la tradición marxista clásica, esta dicotomía no existe. Porque eran personas que escribían para orientar su acción política. El periodista Genaro Carnero Checa lo definió muy bien en el caso de Mariátegui, al titular su famoso libro dedicado al periodismo de Mariátegui, como la acción escrita. Por lo tanto, la actividad política y la actividad intelectual, no son dos entes separados.

En cuarto lugar, se tratan de obras polémicas. No se puede leer a Marx o a Mariátegui, sin tomar en cuenta a quienes habían leído y con quienes estaban polemizando. Sus objetivos eran esclarecer y esclarecerse ellos mismos. En el caso de Marx, por ejemplo, tuvo la polémica con los Jóvenes Hegelianos o los representantes del socialismo francés, particularmente Proudhon, con los principales líderes de la Internacional, como Bakunin y Lasalle. Uno lee los textos de Mariátegui, y está polemizando con el anarquismo, con los apristas, con los indigenistas, con la Internacional Comunista y, con la socialdemocracia europea.

Por último, como ha resaltado José Carlos Mariátegui Ezeta, "la faceta de José Carlos Mariátegui como empresario cultural es relativamente inexplorada". Faceta que implicó, cubrir "todos los aspectos del trabajo editorial, desde el acto de escribir hasta la impresión y la circulación". Esto solo fue posible cuando Mariátegui logró cierto grado de "autonomía intelectual que requería el desarrollo de una infraestructura editorial y de producción integral, al fundar la Imprenta

y Editorial Minerva en 1925, junto a su hermano Julio César “que le permitió llevar a cabo sus esfuerzos editoriales con pocas restricciones”.



Portada del diario: “La Prensa”

Derivado de lo anterior, es pertinente explicar el estilo de trabajo y el proceso de elaboración textual de José Carlos Mariátegui. Como hemos señalado anteriormente, Mariátegui producía cotidianamente artículos periodísticos para diferentes diarios y revistas. Nunca tuvo como propósito inicial redactar un libro, en el sentido convencional del término, sino de irlos elaborando en base a artículos periodísticos previamente publicados y, en menor caso, escritos expresamente, con el objetivo de articularlos entre sí en forma de ensayos que luego, en conjunto, formarían el libro. No escribía con la lógica de publicar un libro, sino que éste iba apareciendo ante sus ojos.

Es solamente ya articulados en forma de libro que los ensayos quedan definitivamente establecidos. Los ensayos eran, pues, resultado de un proceso de ordenamiento, depu-

ración y corrección de textos, no una elaboración premeditada y específica. Con ello tiene mayor sentido el famoso epígrafe de Nietzsche al inicio de los 7 ensayos. Esto es lo que Martín Bergel ha denominado “el laboratorio intelectual” de José Carlos Mariátegui.

La “edad de piedra”

Como es bien conocido, Mariátegui se inició en el trabajo periodístico a una edad muy temprana, a instancias del obrero anarquista Juan Manuel Campos, quién lo llevó a trabajar en el diario La Prensa, como ayudante de linotipista. Entonces tenía solo 14 años, era cojo de una pierna y de una salud enfermiza. Con el paso del tiempo, fue desarrollando otras tareas relacionadas con la redacción del diario: leer los originales de los periodistas, corrección de pruebas, explayar telegramas y hacer notas de lotería. Con el pasar del tiempo, manifestaría interés en escribir sus propios artículos, cosa que logró en febrero de 1911, con el título “Popularidad de Lerroux. El mitin de Jai Alai. Un poeta festivo”.

Durante esta denominada “edad de piedra” (1911-1919) de Mariátegui, cuando éste firmaba principalmente como Juan Croniqueur, el más popular de sus seudónimos, Mariátegui escribió textos de los más diversos géneros: literarios (poesía, cuento, teatro), literaria (crítica de arte, teatro, literatura), crónica urbana (vida social, hípica, religioso) y sobre política (nacional, latinoamericana y europea). Este fue, como señaló Alberto Tauro del Pino, un período de “depuración y perfeccionamiento” y de “afirmación personal”.

En cuanto a las revistas en las cuales colaboró Juan Croniqueur, destacan especialmente El Turf y Lulú. La primera de ellas llevaba por título “revista semanal informativa. Deportes, espectáculos y sociedad” y apareció entre 1914 y 1929. Su tema central fueron los diferentes aspectos del espectáculo hípico, donde Mariátegui publicó pronósticos, notas sociales, cuentos y poemas. Mariátegui no sólo colaboró con ella hasta 1917 sino que llegó a ser co-director junto a Eduardo Zapata López. Lulú llevaba por subtítulo “revista semanal ilustrada para el mundo femenino” y fue dirigida, durante el tiempo en que colaboró Mariátegui, por Carlos Pérez Cánepa. Aparecida entre 1915 y 1916, dirigida a las jóvenes aristocráticas limeñas. Ambas revistas estaban dirigidas al público juvenil femenino limeño, por lo que los artículos de Ma-

riátegui estuvieron orientados hacia la crónica social, la hípica, el cuento y la poesía, de carácter aristocrático.

Colaboraciones más efímeras fueron Mundo Limeño, “revista semanal ilustrada de sociedad, literatura, modas y novedades”, aparecida de manera intermitentemente en 1914 y en 1917 y dirigida por Fabio Camacho y Carlos Pérez Cánepa; Alma Latina, revista “de Literatura peruana, latinoamericana y actualidades de Lima”, dirigida por Raúl Porras Barrenechea y Guillermo Luna Cartland, aparecida entre 1915 y 1916; Colónida, “revista quincenal de literatura, arte, historia y ciencias”, aparecida en 1916 y dirigida por Abraham Valdelomar; Vespéral, “revista semanal de letras, artes, ciencias y actualidades”, aparecida en 1916; y Sudamérica, “semanario semanal” aparecido entre 1917 y 1920, y dirigido inicialmente por Carlos Pérez Cánepa. Allí predominaron, sobre todo, los escritos literarios.

En esta etapa de formación periodística, podemos identificar dos momentos según la temática de sus artículos, establecidos por Oscar Terán. El primero de ellos abarca los años 1911-1916, con predominio de temas como crónicas urbanas, la hípica y sus escritos literarios. El segundo, que abarca los años 1917-1919, los temas políticos se predominantes. Es en esos años que Mariátegui escribe de manera casi diaria, artículos sobre política nacional en su famosa sección “Voces”, que iniciaría en el diario La Prensa en 1916, y que posteriormente continuaría en los diarios El Tiempo y La Razón, convirtiéndose en sus años más productivos.



Círculo de Periodistas. Lima, 12 de agosto de 1915.
Fotografía: Archivo José Carlos Mariátegui”

Estos artículos son de suma importancia para comprender el tránsito de Juan Croniqueur a José Carlos Mariá-

tegui, ya que es en este momento en que se produce el abandono del uso de sus seudónimos, y comenzaría el tratamiento de la “política criolla”, propia de la época de predominio del segundo civilismo en el gobierno del país. La sección “Voces” estuvo orientada al comentario de las actividades políticas y parlamentarias, bajo el recurso de reseñar supuestas conversaciones que el cronista realizaba con el público en las calles y plazas de la ciudad de Lima.

Entre los personajes representados en estas conversaciones, se encontraban políticos del gobierno y de la oposición, parlamentarios, y público en general (las voces). Con el pasar del tiempo, pero manteniendo su carácter satírico y burlesco, los contenidos comenzaron a ser cada vez más críticos con el Partido Civil y el presidente de la República, Manuel Pardo. Esto expresaba el carácter opositor del diario El Tiempo, bajo la dirección del reconocido periodista Pedro Ruíz Bravo. Pero también se puede percibir la búsqueda de una renovación de la política, que se identificaba con jóvenes políticos como Jorge Prado o políticos más expertos como Víctor Maurtua.

Esta búsqueda de renovación política se expresará también en la búsqueda de mayor autonomía para escribir artículos más cercanos a sus nuevos intereses literarios y políticos. Esto se expresará a cabalidad, en sus experiencias en la revista Nuestra Época y La Razón, donde junto a otros jóvenes periodistas, como César Falcón o Félix del Valle, llevaron sus críticas a la “política criolla” peruana, hacia las ideas socialistas.

Nuestra Época

La revista Nuestra Época tuvo corta vida, tan solo dos números entre los meses de junio y julio de 1918. Editada por un grupo de jóvenes periodistas y escritores que buscaban nuevas orientaciones políticas y literarias, estuvo conformada principalmente por José Carlos Mariátegui, César Falcón, Humberto del Águila, Félix del Valle, Percy Gibson, César Antonio Ugarte, y contó con la colaboración de Carlos del Barzo (obrero), César A. Rodríguez, Abraham Valdelomar, César Vallejo, Carlos Paz Soldán y E. Schyzlo.

Nuestra Época estuvo influenciada por la revista España, dirigida por Luis Araquistáin, portavoz de la generación del 98 español, surgida como consecuencia de la derrota en la guerra que acabó con los últimos restos de las colonias

españolas en América (Cuba, Puerto Rico) y Asia (Las Filipinas). Para la revista España, la palabra socialismo era sinónimo de reforma social. Para los jóvenes escritores de Nuestra Época significaba renovación política y literaria.

Otro aspecto a resaltar, es en abandono por parte de Mariátegui, del uso de sus seudónimos, especialmente el de Juan Croniqueur, y la firma de sus artículos con su propio nombre. La corta vida de esta revista está relacionada al famoso "escándalo de los militares", causado por la agresión física sufrida por Mariátegui por un grupo de jóvenes oficiales del ejército, ofendidos por el artículo publicado en su primer número, con el título "Malas tendencias. El deber del ejército y el deber del Estado". Este artículo fue considerado antimilitarista.

De esta experiencia, los jóvenes periodistas aprendieron que su búsqueda del libre ejercicio de su profesión no iba a ser fácil y estaba bajo constante presión, ya no solo de los directores de los periódicos, sino también de las instituciones del Estado. Esto llevaría a Mariátegui y Falcón a su ruptura con el diario El Tiempo, y su director Pedro Ruíz Bravo, para fundar su propio diario, La Razón.

La Razón

El diario La Razón fundado y dirigido por José Carlos Mariátegui y César Falcón, conocidos como "la junta brava", y publicado en Lima entre el 14 de mayo y el 3 de agosto de 1919. No contamos con una colección completa de La Razón, tan solo con 57 números de los 77 que en total se publicaron. Dichos ejemplares se encuentran entre las colecciones del Archivo José Carlos Mariátegui (42) y de la Biblioteca Nacional del Perú (15). De entre esas colecciones, se han rescatados 62 artículos de Mariátegui en su sección "Voces", que tienen como temas centrales el socialismo auroral, su concepción del periodismo, los problemas de financiamiento del diario y su oposición a Leguía y la Patria Nueva.

El diario contaba con dos pequeñas oficinas (uno administrativo y otro para la redacción) en el segundo piso de la calle Pileta de la Merced 150, mientras que contrataba los servicios de imprenta del Arzobispado de Lima. El financiamiento para este proyecto provino de Isaías de Piérola (hijo de El Califa), y de un empresario cubano de apellido Torrivela.

Entre los miembros del diario se encontraban José Carlos Mariátegui, César Falcón (directores), Antenor Fernández Soler, Humberto del Águila, Moisés Vargas Marzal, Estenio Meza (administrador), Fausto Posada (obrero) y Luis Carranza (estudiante de medicina). Algunos de sus colaboradores fueron: Eudocio Ravines, Moisés Vargas Marzal y Raúl Porras Barrenechea.

Durante esos pocos meses, el diario La Razón tuvo un papel relevante en el periodismo limeño, punto que ha sido resaltado en el libro de Juan Gargurevich, La Razón del joven Mariátegui. Ello se debe a dos razones. La primera, porque tuvo un papel relevante como voceros de los comités que encabezaron las protestas en Lima en esos meses: la Reforma Universitaria y la Huelga Pro Abaratamiento de las Subsistencias. Ello le permitiría a Mariátegui un acercamiento directo con los principales dirigentes y de la época: Nicolás Gutarra, Carlos Barba, Adalberto Fonkén (obreros), Juan Manuel Calle, Raúl Porras Barrenechea, Jorge Guillermo Leguía (estudiantes), entre otros.

La segunda, porque el diario continuó con su política opositora a los gobiernos de turno, primero al de José Pardo y luego al de Augusto B. Leguía. Y esta sería las razones por



Extracto de revista: "Nuestra Época"

las cuales el diario fue finalmente clausurado, tras la publicación en volante de un editorial censurado, que criticaba acremente la composición del primer gabinete del dictador Leguía, el 3 de agosto de 1919. La imprenta del Arzobispado de Lima, presionado por el gobierno, se negó a seguir imprimiendo el diario pese a la existencia de un contrato. A falta de obtener una nueva imprenta, el diario dejó de publicarse. Tras ello, César Falcón y José Carlos Mariátegui, partirían rumbo a Europa como Agentes de Propaganda del gobierno en España e Italia, respectivamente, como forma de encubrir su deportación.

La actividad periodística desde Europa

Mariátegui escribió desde Europa 54 artículos, conocidos hasta hoy, como corresponsal del diario El Tiempo que, como se señaló, era dirigido por Pedro Ruíz Bravo y del cual renunció en enero de 1919, con el objetivo de fundar el diario La Razón. Esta actividad periodística la realizó de manera paralela a sus obligaciones como Agente de Propaganda del Consulado peruano en Italia. Como señalan los editores de Mariátegui Total: "La mitad de estos artículos fueron publicados en la sección "Cartas de Italia", las restantes, salvo dos, con alguno de los siguientes epígrafes: "Aspectos de Europa", "Del carnet de un peregrino", "Crónicas italianas", "Cartas de Europa", "Crónica de Verano", "De la vida europea", "Desde Roma"." Del total de cartas 41 están dedicados a la política europea y 13 a diversos aspectos de la cultura europea, y fueron escritas entre el 28 de enero de 1920 y el 12 de marzo de 1922.

Para redactar estos artículos, además de residir en Roma, viajó por diversas ciudades de Italia como Turín, Milán, Venecia, Florencia, Génova y Livorno. De esta manera pudo ser testigo de importantes acontecimientos de la Europa de posguerra como el Congreso Económico de Génova convocado por la Sociedad de las Naciones o el Congreso de Livorno del Partido Socialista Italiano, de cuya escisión nacería el Partido Comunista Italiano, liderado por Palmiro Togliatti y Antonio Gramsci. Asimismo, conocer a reconocidos líderes políticos europeos, como es el caso del Conde Karolyi, ex presidente de la República Soviética de Hungría, exiliado entonces a las afueras de Florencia.

Entre los temas culturales, destacan dos particularmente: los referidos al arte y al urbanismo italianos. Si bien

Mariátegui ya tenía cierta formación artística en Lima, expresado en algunos artículos al respecto, esta se formará plenamente en Italia donde pudo conocer no sólo la cultura clásica, sino también las nuevas tendencias de vanguardia artística. En cuanto al urbanismo, las impresiones que obtuvo de la observación de la arquitectura italiana, donde la combinación de la persistencia de elementos clásicos con los de la reciente industrialización del norte de Italia, le servirían para sus propias reflexiones sobre el problema de la capital en sus famosos 7 ensayos.

Durante los meses siguientes a la redacción de estos artículos, y a la espera de la autorización por parte del gobierno peruano para su retorno al Perú, viajó por diversos países de Europa, acompañado de su esposa Anna Chiappe y su gran amigo César Falcón. Recorrieron Francia, Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia, y Bélgica. Durante ese recorrido estudiaron los movimientos revolucionarios que convulsionan el continente europeo después de la Gran Guerra. Esta experiencia le sería sumamente útil para la redacción de artículos y ensayos posteriores dedicado a los temas europeos, que darían lugar a su primer libro, La escena contemporánea.



Mariátegui en Roma, 1922. Fotografía: Archivo José Carlos Mariátegui.

El regreso al Perú

En marzo de 1923, al regresar al Perú, Mariátegui tenía varios objetivos: contar con un medio periodístico que difundiera las nuevas ideas (de ello nacerían los proyectos de la Editorial Obrera Claridad, Vanguardia, Amauta y Labor), retomar sus contactos con los gremios de obreros y artesanos en la perspectiva de fundar una central obrera (la CGTP) y fundar un partido político (dentro de los lineamientos señalados por la célula Comunista fundada en Italia). Para la realización de estos objetivos, Mariátegui encontró en las Universidades Populares un espacio social privilegiado. Integrarse a ellas sería su paso más importante. A principios de mayo de 1923, aceptó la propuesta de dictar una serie de conferencias agrupadas bajo el nombre de "Historia de la Crisis Mundial", que significó un cambio sustancial en el contenido de las conferencias que se dictaban en la Universidad Popular.

La idea de Mariátegui de publicar un diario o una revista databa de su etapa juvenil. Ello se había expresado en la revista Nuestra Época y en el diario La Razón. Ello también respondía a la necesidad de Mariátegui de desarrollar sus ideas, en forma libre, sin la censura tibia de trabajar en órganos de prensa que estaban dirigidos por terceras personas, en un contexto en el que predominaba el periodismo oficialista. Mariátegui requería, pues, independencia para escribir. Se sabe que desde su llegada al Perú, entabló contacto con Pedro Ruíz Bravo, quién se encontraba deportado en Valparaíso por el gobierno de Leguía, para la compra del diario El Tiempo.

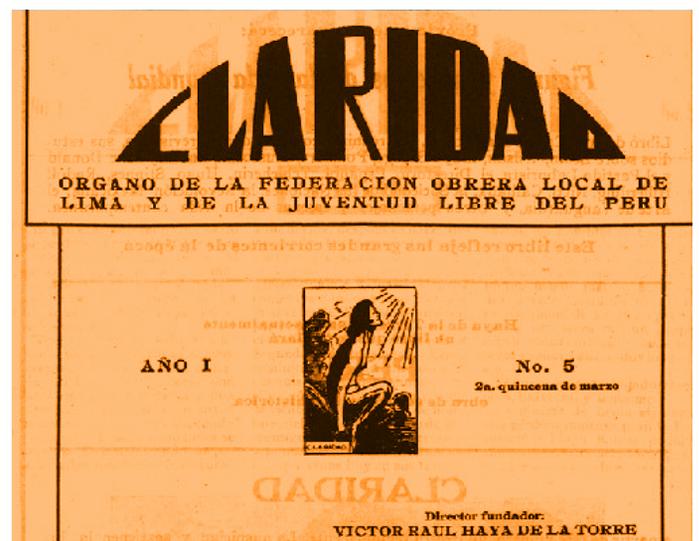
Mientras esperaba conseguir la compra de un diario o el establecimiento de una revista propia, Mariátegui inicia sus colaboraciones en la revista Variedades, con su sección "Figuras y Aspectos de la Vida Mundial", y la revista Mundial con sus secciones "Motivos Polémicos" y "Peruanicemos al Perú". Esta última sección había sido iniciada anteriormente por el periodista Ezequiel Balarezo Pinillos, con el seudónimo Gastón Roger.

Para el tema que nos interesa, nos centraremos en la orientación que imprimió en la revista Claridad durante la etapa que estuvo bajo su dirección y el impulso que dio a la constitución de la Empresa Editora Claridad. Esta experiencia sería de mucha importancia para sus proyectos periodísticos y editoriales posteriores.

La revista Claridad fue fundada bajo la dirección de Víctor Raúl Haya de la Torre, con el objetivo de que las Universidades Populares tuvieran un órgano estudiantil, pero no como un mero boletín informativo de actividades, sino como un órgano de cultura tomando como modelo la revista Clar-té, dirigida por el escritor francés Henri Barbusse.

Su primer número aparece a mediados de mes de mayo de 1923, días antes de la famosa protesta contra la consagración del Perú a Corazón de Jesús, promovida entre el Arzobispado de Lima y el régimen del Oncenio. Es a consecuencia de ello que la revista Claridad tuvo dos etapas, marcada por la detención y deportación de Víctor Raúl Haya de la Torre. Bajo la dirección de Haya de la Torre se publicaron los primeros cuatro números que tuvo un carácter predominantemente estudiantil.

Cuando Mariátegui asume la dirección de Claridad a partir del número 5, en marzo de 1924, la revista muestra un evidente cambio de orientación al abandonar el tono estudiantil. Esto se evidencia en dos aspectos. El primero, para garantizar su continuidad, la revista es amparada bajo la protección de la Federación Obrera Local. De "Órgano de la Juventud Libre del Perú" paso a convertirse en "Órgano de la Federación Obrera Local de Lima y de la Juventud Libre del Perú". El segundo, el número 5 está dedicado a Lenin, líder de la revolución rusa, quién había muerto el 21 de enero de ese año.



Revista Claridad No 5. Lima, marzo de 1924. Fotografía: Internet.

Además de colocar a la revista bajo la protección de la Federación Obrera Local, Mariátegui buscó garantizarle una base económica, ya que el financiamiento anterior de la revista (de los ingresos de la Universidad Popular y el avisaje) se había visto menguada por la represión del gobierno. Por ello decide organizar una sociedad editora obrera para la publicación de la revista: La Editorial Obrera Claridad. Aquí es dónde se comenzará a manifestar la capacidad de Mariátegui como editor. Para darle sustento la nueva editorial se organiza cooperativamente, mediante la emisión de cuatro mil acciones por valor de una libra peruana cada una, bajo la dirección de un Comité Organizador compuesto por José Carlos Mariátegui, Oscar Herrera, Manuel Pedraza, Samuel Ríos, Luis Bustamante, Jacobo Hurwitz, Luciano Castillo, Eudocio Ravines, Octavio Herrera, entre otros.

Según su "Proyecto de Estatutos", el objetivo central de la Empresa Editorial Claridad es "la realización de un gran anhelo del proletariado peruano: la publicación de un diario que defienda sus intereses y propague sus ideales clasistas". Pero también se plantea "la fundación de una librería obrera y la edición de los libros, folletos y revistas necesarias a la propaganda y a la cultura clasistas de los trabajadores...". Con respecto a esto último, en diciembre de 1924, se edita como folleto *Con el Cuchillo entre los Dientes* (*Le Couteau entre les Dents*) de Henri Barbusse, como parte de la "Biblioteca Renovación" de la Editorial Obrera Claridad. Dicho texto, que había aparecido de manera inconclusa por entregas en los números 2, 3, 4, 5 y 6 de la revista Claridad, fue traducida por Manuel Beltroy y presentada por Mariátegui. Este folleto es el primero que aparecería como parte de la Editorial Obrera Claridad.



José Carlos Mariátegui en Vitarte, en 1923. Fuente: Internet.

Como podemos ver, a su regreso a Europa Mariátegui tiene claro las bases sobre la cual piensa construir su proyecto editorial. Sin embargo, al asumir la dirección de Claridad Mariátegui no renunciaba a la idea de editar una revista propia: Vanguardia. Este tendría como directores al propio Mariátegui y a Félix Del Valle, con quién junto a César Falcón había compartido las experiencias de Nuestra Época y La Razón. En los números 4 y 5 de Claridad aparecieron anuncios. Este proyecto quedaría trunco debido a la crisis de la enfermedad de Mariátegui que motivaría la amputación de una de sus piernas, las nuevas medidas represivas del régimen del Oncenio y al viaje de Félix del Valle a España en busca de nuevos horizontes.

La Imprenta y Editorial Minerva

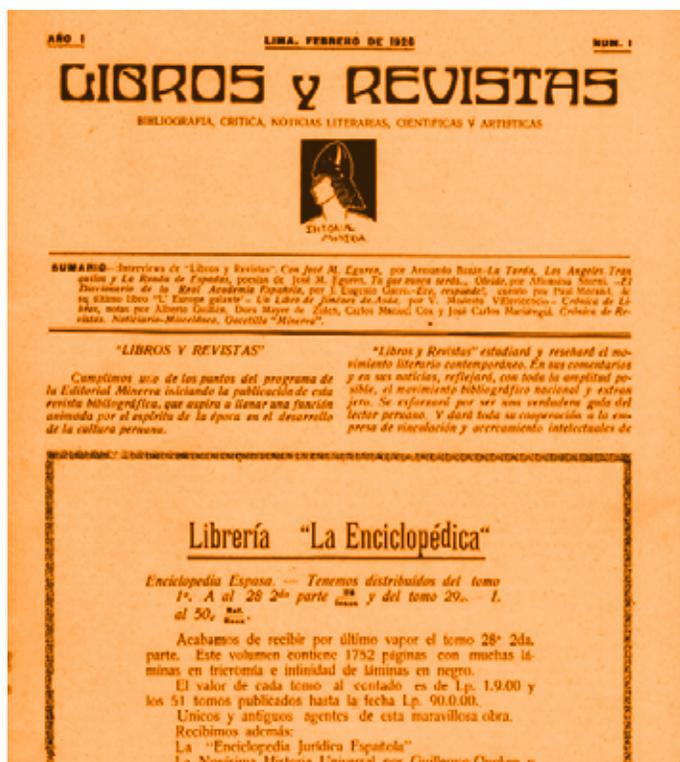
Para poder concretar su proyecto de contar con una revista propia, Mariátegui se asociará con su hermano Julio César para establecer una imprenta para que, sobre la base de ella, poder realizar a publicación de una revista e impulsar su proyecto editorial de difusión de las nuevas ideas. Para ello invirtió los ahorros que tenía como resultado de su viaje a Europa.

Así, el 31 de octubre de 1925 nacerá la Imprenta y Editorial Minerva ubicada en la calle Sagástegui 669. Esta nació con un capital total de 3 mil libras peruanas: 2,250 aportados por Julio César y 750 por José Carlos. Para establecer la empresa, Julio César Mariátegui adquirió una imprenta y máquina tipográfica con entintado cilíndrico modelo Export 6 y una máquina guillotina, de la marca Nebiolo & Comp.–Torino, ambas de la empresa turinesa Società Nebiolo, por mediación de la empresa Reiser & Compañía. La compra se concretó en Lima el 12 de marzo de 1925.

En cuanto a la administración de la empresa, Julio César se encargó de la gerencia administrativa, editorial e industrial, con un sueldo de diez libras peruanas, mientras que José Carlos, como director artístico y literario, se encargó del desarrollo del plan de publicaciones, así como de la selección de fuentes tipográficas modernas, tomando como referente los estilos gráficos de las revistas de vanguardia de Europa. El nombre "Minerva" fue concebido por José Carlos Mariátegui, apelando a la diosa de la sabiduría y las artes de la mitología romana. Mariátegui encargó la creación del logo

original al artista peruano Emilio Goyburu.

Para impulsar su actividad editorial, que sentaría las bases económicas para la publicación de la revista Amauta, Mariátegui inició la publicación de un pequeño boletín titulado Libros y Revistas, que llevaba por subtítulo "Bibliografía, Crítica, Noticias Literarias, Científicas y Artísticas", que ofrecía la publicación de "ediciones científicas, literarias y artísticas, que acerque a los autores al público, que contribuya al intercambio intelectual hispano-americano y que difunda el libro peruano en el Perú y en el Continente".



Libros y Revistas No 1. Lima, febrero de 1926.
Foto: Ricardo Portocarrero Grados

Las primeras publicaciones de libros se hicieron bajo el sello de la "Biblioteca Moderna". Como es bien sabido, el primer libro editado fue La escena contemporánea del propio Mariátegui. Entre 1925 y 1930 se publicaron en total 46 obras, muchas de las cuales han tenido una influencia central en la vida intelectual y literaria del país. Entre estos se encuentran: Luis E. Valcárcel (Leyendas y Cuentos Inkas y Tempestad en los Andes), Antenor Orrego (Panoramas), Mariano

Ibérico (El nuevo absoluto), Abraham Valdelomar (La aldea encantada y Los hijos del sol); Alcides Spelucín (El libro de la nave dorada), Magda Portal (Una esperanza i el Mar), Serafín Delmar (Radioprogramas del Pacífico), José María Eguren (sus poemas Simbólicas, La canción de las figuras, Sombras y Rondinelas), Ricardo Martínez de la Torre (El movimiento obrero de 1919), José Vara Llanos (El hombre del Ande que asesinó su esperanza), Juan Pedro Paz Soldán (El héroe nacional del Perú Don Francisco Vidal), Ernesto Reyna Zegarra (El Amauta Atusparia. La sublevación indígena de Huaraz en 1885), Fortunato Quesada (La acción gremial), Abelardo Solís (Historia de Jauja) y Carlos Oquendo de Amat (Cinco metros de poemas).

Amauta y Labor

En setiembre de 1926, aparece el primer número de Amauta. Amauta no solo significó una renovación importante de las publicaciones periódicas en el Perú, sino también tuvo un papel relevante en la difusión y debate de las nuevas ideas en el Perú y el mundo. Por ello es considerada hasta hoy, la revista cultural más importante del siglo XX peruano. Entre las nuevas corrientes nacionales destacaba el indigenismo, y entre las internacionales el muralismo mexicano, las corrientes de vanguardia (surrealismo) y las corrientes de pensamiento (sicoanálisis, relativismo, vitalismo). Una revista de estas características era necesaria en el Perú por dos razones. La primera era que no existían en el Perú revistas que buscaran vincular al Perú al resto del mundo; y la segunda, era el control que ejercía el régimen del Oncenio sobre la prensa. En todo caso, si hubo revistas similares, éstas no tuvieron continuidad, ni larga vida.

El tiraje de la revista fluctuaba entre los tres mil a cuatro mil ejemplares, lo cual era bastante alto para la época. Esto respondía a la necesidad de mantener su bajo costo, ya que porque al definirse como una revista de doctrina, debía garantizar llegar a los públicos más amplios. Aunque siempre tuvo una economía muy endeble. Por ello, también contó con un numeroso avisaje, recurrió a las suscripciones, venta de útiles de escritorio, se editaron colecciones especiales en papel couché y se realizaron mensualmente campañas económicas denominadas Semana Pro-Amauta. Pero el paso más importante para el sostenimiento de la revista fue la fun-

dación de la Empresa Editora Amauta que, al igual que la Editorial Claridad, contó con un sistema de venta de acciones entre sus lectores, principalmente entre los gremios de artesanos y obreros.

La historia de la revista Amauta puede ser dividida en cinco períodos. El primero, de marzo de 1923 a agosto de 1926, corresponde a la formulación del proyecto, las relaciones con la prensa obrero-estudiantil, la formación del equipo de colaboradores y la constitución de la Imprenta y Editorial Minerva. El segundo, de setiembre de 1926 a mayo de 1928, corresponde a los nueve primeros números de la revista. La mayoría de los artículos serán de autores peruanos, frente a los números posteriores. Este período culmina con la clausura de la revista como consecuencia de la denuncia de un supuesto "complot comunista" por parte del régimen del Oncenio. El tercero, de diciembre de 1927 a agosto de 1928, corresponde a los números del 10 al 16, iniciada con la reapertura de la revista y que continúa durante la polémica entre las células de la APRA sobre frente o partido. El cuarto, de setiembre de 1928 a marzo de 1930, corresponde a los números 17 al 29, se inicia con la definición ideológica de la revista como socialista y el fin del debate sobre la APRA. Este período culmina con la muerte de Mariátegui y el encargo de la dirección de la revista a Ricardo Martínez de la Torre, hasta entonces su gerente. El quinto y último, de abril a setiembre de 1930, corresponde a los números 30 al 32, bajo la dirección de Martínez de la Torre, en donde la línea e influencia de la Comintern o Tercera Internacional, se impone sobre la revista.

Como parte de las tareas de organización obrera y especialmente el impulso de la fundación de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), Mariátegui impulsará la fundación del quincenario Labor, con la aspiración de que se convirtiera en diario con el pasar del tiempo. Una especie de reedición de la experiencia del diario La Razón.

Al igual que Amauta, Labor se imprimió en los talleres de la Imprenta Minerva; y sólo desde el número 9 apareció como "publicado por la Sociedad Editora Amauta". Fue presentado como "quincenario de información e ideas". Labor solo publicó 10 números, debido a la clausura promovida por el régimen del Oncenio. El primer número apareció en noviembre de 1928 y el último en setiembre de 1929, tras la denuncia del supuesto "complot judío". Para Mariátegui, Labor era un complemento necesario de Amauta: "Para extender nuestra labor de difusión cultural, y legar a los sectores de público a los cuales Amauta no alcanza, hemos resuelto la publicación de este periódico, que tendrá el mismo espíritu y programa. Labor se venderá en toda la república al precio de 10 centavos ejemplar y aparecerá el 1er y 3er sábado de cada mes, a partir de noviembre".

Los últimos meses de la vida de Mariátegui fueron de una actividad febril. Además de las tareas propiamente periodísticas y editoriales, estaban las tareas propiamente políticas (la organización del Partido Socialista y de la Central General de Trabajadores del Perú, sus vínculos con la Comintern). A ello se sumaba el constante hostigamiento del régimen del Oncenio, lo cual motivaría su intención de trasladarse con su familia a Buenos Aires, y editar la revista Amauta desde el sur del continente. Se encontraba en el momento cumbre de su vida, como "una flecha que ha de llegar a su destino", y éste ha sido el de dejarnos su obra y su ejemplo.



Revista Claridad No 5. Lima, marzo de 1924. Fotografía: Internet.

El Amauta en el ciberespacio filosófico

Eduardo Cáceres Valdivia

La Enciclopedia Stanford de Filosofía (SEP, por su nombre en inglés: Stanford Encyclopedia of Philosophy) es un diccionario dinámico en línea que cubre todos los campos, corrientes y autores relevantes de la historia y de la actualidad del quehacer filosófico, incluyendo el diálogo con otras disciplinas. El proyecto se inició en 1995 y ha estado desde entonces bajo la dirección del profesor Edward N. Zalta, investigador en el Centro para los Estudios del Lenguaje y la Información en la Universidad de Stanford.

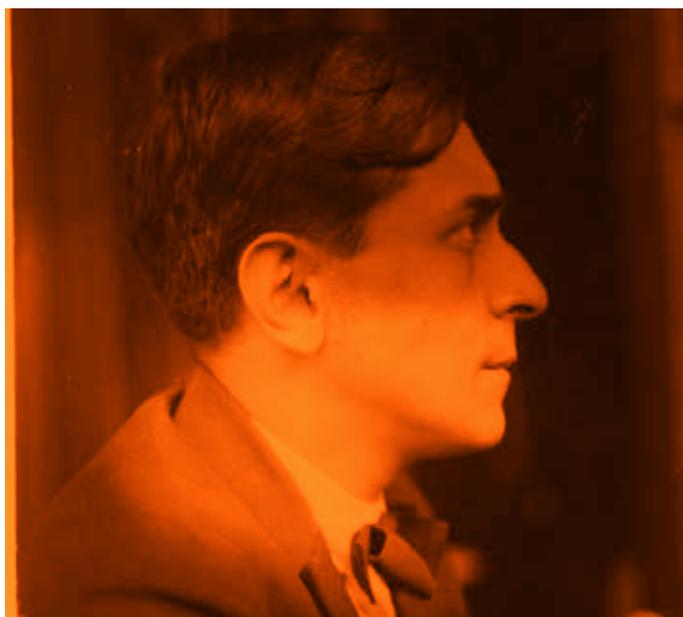
Su cuerpo de editores, organizados en comités temáticos, incluye alrededor de 200 especialistas en los diversos campos. Hasta marzo del 2018 la SEP incluía más de 1600 entradas con cerca de 2000 autores. Los artículos se actualizan periódicamente como se puede comprobar abriendo la pestaña *What's new?* en la página principal de la SEP. Cada artículo tiene hipervínculos con materiales de la misma SEP y externos a ella, tales como los centros de investigación y los repertorios bibliográficos más relevantes sobre el tema en cuestión.

En el mes de junio del 2020, por ejemplo, *What's new?* incluyó 24 artículos nuevos y/o actualizados. Entre los nuevos destacan: *Gangesa* (filósofo indio del siglo XIV) y *Climate Justice, Simplicius* (filósofo neoplatónico del siglo VI). Y entre los actualizados: *Autonomy in Moral and Political Philosophy*, *Pragmatism*, *Time Machines*, *Feminist Moral Psychology* y *Philosophy of Biology*. Como se puede ver, el diálogo interdisciplinario es intenso así como la atención a la diversidad de enfoques. A la fecha, hay cerca de 40 artículos que desarrollan de manera explícita un enfoque feminista con numerosas colaboradoras en el total de entradas; la interculturalidad, está representada en artículos en torno al multi/interculturalismo de hoy, así como a través de numerosas entradas sobre filosofía china, india, africana, etc.

América Latina no está ausente en esta Enciclopedia. Existe un comité editor para *Latin American and Iberian Philosophy* que define la política editorial en torno al tema. En este campo existen, al 30 de julio del 2020, nueve artículos publicados: *Latin American Philosophy*, *Analytic Philosophy in Latin America*, *Epistemology in Latin America*, *Latin American Feminism*, *Liberalism in Latin America*, *Latin America Philosophy: Metaphilosophical Foundations*, *Philosophy of Science in Latin America*, *Skepticism in Latin America* y *Philosophy of Liberation*.

Además hay un artículo sobre *Latinx Philosophy*, que condensa el quehacer filosófico en torno a la condición de lxs latinxs en los Estados Unidos. Es de notar que uno de los co-autores del artículo sobre la Filosofía de la Ciencia en América Latina es el doctor Alberto Cordero, destacado filósofo peruano que enseña en la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY).

Numerosos pensadores peruanos son mencionados en dichos artículos. Allí donde se hace referencia a la historia de la filosofía, la periodización propuesta por Francisco Miro Quesada es asumida como el canon del asunto. También son reiteradas las referencias a la discusión entre Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy, en la década de 1960, en torno a la existencia o no de una filosofía latinoamericana. La lista de autores peruanos citados no es muy larga, salvo en el artículo sobre Escepticismo (gracias a los aportes que hizo Pablo Quintanilla). Sin embargo, hay un autor peruano que recibe especial atención a pesar de no tratarse de un filósofo académico: José Carlos Mariátegui.



José Carlos Mariátegui, 1929.

Siguiendo el orden según el cual aparecen al hacer la búsqueda en la SEP –orden de importancia y no cronológico– son cuatro las entradas en las que se hace referencia a los aportes del Amauta. Tres de ellas forman parte de la lista de

artículos sobre América Latina. La otra pertenece a un campo más amplio.

El primer artículo es *Latin American Philosophy*. Además de la referencia a *Siete Ensayos* en la bibliografía, Jorge Gracia y Manuel Vargas mencionan y comentan a José Carlos en tres momentos. Tras mencionar a los principales integrantes de la generación de los “fundadores”, positivistas todos ellos, activos entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del siglo XX, presentan a los “forjadores” –término de Francisco Miro Quesada– que recibieron la influencia de Bergson, Ortega y Gasset, entre otros, y rompieron con el positivismo:

Bergson (...) Ortega y Gasset y la filosofía alemana del espíritu tuvieron una influencia sustancial en la generación que siguió a la de los fundadores, llamada por Miró Quesada «la generación de los forjadores». Samuel Ramos (1897–1959), de México, Francisco Romero (1891–1962), de Argentina, Alceu Amoroso Lima (1893–1982), de Brasil, y José Carlos Mariátegui (1894–1930), de Perú, entre otros, siguieron el curso de los fundadores, atacando ideas positivistas y favoreciendo en algunos casos un estilo filosófico bastante poético que contrasta con el énfasis científico del positivismo. Ellos completaron el proceso iniciado por los fundadores y sentaron las bases de futuros desarrollos.[i]

Más adelante, los autores presentan los aportes del pensamiento socialista al desarrollo de la filosofía en el continente. Destacan el predominio del marxismo en este campo y, a la vez, la heterodoxia de su principal representante:

Latinoamérica ha tenido una larga y notable historia de receptividad al pensamiento socialista. Su introducción se remonta al siglo XIX. El impacto de las ideas socialistas de Claude Henri de Saint-Simon (1790-1825) y Charles Fourier (1772-1873) son claramente visibles en el tratado *Dogma Socialista* de Esteban Echevarría (1805-1851). En el siglo XX, Emilio Frugoni (1880–1969) en Uruguay y Mariátegui en Perú, entre otros, desarrollaron relatos marxistas, aunque con frecuencia en términos heterodoxos. Por ejemplo, Mariátegui permitió que no haya un conflicto esencial entre el pensamiento religioso y el marxismo, apartándose de los compromisos materialistas y ateos estándar del marxismo ortodoxo. También sostuvo que la concepción de las etapas económicas en Marx, modelada en Europa, no se aplicaba a Perú. A

pesar de que el capitalismo liberal burgués no se había materializado en Perú, sostuvo que la única forma de avanzar era haciendo la transición al socialismo[ii].

Esta sucinta caracterización del marxismo de Mariátegui –valoración del factor religioso y superación del evolucionismo–, volverá a aparecer como nutriente del marxismo latinoamericano al momento en que ingresa con fuerza en los ámbitos académicos (1960 y años siguientes):

A pesar de una apertura de larga data a varios hilos del pensamiento socialista, fue solo después de 1960 que el marxismo ganó una notable posición académica en todo Latinoamérica. De hecho, Harold Davis afirmó, de manera bastante factible, que el marxismo se convirtió en la convicción ideológica más común entre los profesionales en las décadas posteriores a la de 1960. Mariátegui continúa cobrando importancia en las caracterizaciones de una forma distintivamente latinoamericana de marxismo. Sin embargo, otras figuras importantes en el marxismo académico surgieron en el período contemporáneo, incluido Adolfo Sánchez Vázquez (1915–2011), de origen español pero que trabajaba en México, y el brasileño Caio Prado Junior (1907–1990). (Subrayado del autor de esta nota)[iii]

Más aún, los autores extienden la influencia de Mariátegui a las corrientes más recientes del pensamiento social post-colonial, uno de cuyos temas es la reivindicación de las poblaciones originarias y sus formas de vida y pensamiento.

En el siglo XX, las preocupaciones y la naturaleza de las poblaciones indígenas recibieron evaluaciones más variadas de los filósofos. Por ejemplo, Mariátegui (1971) argumentó que los indígenas peruanos eran colectivistas, comunistas «naturales» cuyas dificultades económicas se debían en gran parte a la propiedad, distribución y uso de tierras en Perú.

El segundo artículo de la SEP que menciona y analiza los aportes del Amauta es *Latin American Philosophy: Metaphysical Foundations*, elaborado por Susana Nuccetelli. El título se refiere al quehacer filosófico sobre la filosofía misma, es decir a preguntas tan importantes como la que motivo el mencionado debate de los años 1960 y siguientes: ¿Existe una filosofía en América Latina?

La autora de este artículo pone en el centro de su reflexión al asunto de la “autenticidad” definido en términos

de Augusto Salazar Bondy:

Según los distintivistas, una característica distintiva principal de la filosofía latinoamericana es, o debería ser, la autenticidad, una característica de cualquier «producto filosófico que, como cualquier otro producto cultural, tiene integridad y carece de falsedad o pretensión. En este sentido, decimos, por ejemplo, que la filosofía de Kant es auténtica, pero el espiritismo es pseudo-filosofía» (Salazar Bondy 1968, pp. 100-101, traducción mía).[v]

Como es sabido, Salazar Bondy respondió negativamente a la pregunta mencionada. Esta respuesta entronca, según la autora con un ejercicio de teoría crítica que se nutre de los “marxistas de las primeras décadas del siglo XX” así como de “filósofos de la liberación contemporáneos” que combinan marxismo con estructuralismo francés, Escuela de Frankfurt y otras fuentes. A continuación, Mariátegui es citado como un representante temprano de esta mirada:

“Todos los pensadores de nuestra América han sido educados en escuelas europeas. El espíritu de la raza no se siente en su obra. La producción intelectual del continente carece de sus rasgos distintivos. No tiene un perfil original. El pensamiento hispanoamericano es generalmente solo una rapsodia compuesta de los motivos y elementos del pensamiento europeo. Para probar esto, uno solo necesita revisar el trabajo de los más altos representantes del intelecto indo-ibérico.” (Mariátegui 1925, p. 113, traducción mía).

El artículo no solo presenta las principales argumentaciones, históricas y contemporáneas, en torno al tema sino que concluye afirmando la existencia de un quehacer filosófico que legítimamente puede ser llamado “latinoamericano” en tanto contiene “argumentos y métodos que son suficientemente originales” y “es sensible al contexto Latinoamericano”. Además reconoce protagonismo en esto a “filósofos no académicos y académicos”.

El tercer artículo de la SEP que menciona y comenta a Mariátegui se titula *Philosophy of Liberation*. Esta firmado por Eduardo Mendieta. En este texto se da cuenta de la corriente filosófica que explícitamente asumió ese nombre (fines de los años 1960), de sus antecedentes, de sus corrientes y debates. Uno de los ejes del relato que propone el autor es

el ya mencionado debate entre Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy. Como antecedentes del mismo, identifica tres momentos: primero, el debate entre Montesinos y Las Casas, por un lado, y Sepúlveda, por otro, en torno a la naturaleza de los indios; segundo, el conflicto entre los ilustrados y el orden colonial, que antecede a la independencia; y tercero, el debate en torno a la segunda independencia, que cubre desde fines del siglo XIX en adelante. Es en este tercer período que el autor resalta el rol del Amauta:

Tercer periodo. Esta época se define por un segundo momento de emancipación, que comienza a fines del siglo diecinueve y se encuentra enmarcado en la Revolución Cubana en 1959. Una figura determinante es José Carlos Mariátegui (1894–1930), cuyo libro “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” (1928) dio a conocer una nueva agenda de emancipación que fue explícitamente elaborada en términos de un enfoque dual que está atento a la realidad histórica de las Américas, con sus antecedentes indígenas y criollos. El libro introdujo una apropiación crítica de las ideas europeas en el contexto «latinoamericano». [vii]

Esta idea de la “apropiación crítica” de la tradición filosófica occidental en el contexto latinoamericano transita por el conjunto del artículo y se presenta al final del mismo como uno de los logros más importantes de la filosofía de la liberación.

Por último, Mariátegui aparece mencionado en un artículo que no se ubica en la lista antes mencionada de artículos “latinoamericanistas”. Se trata de la entrada *Socialism*, elaborada por Pablo Gilabert y Martín O’Neill. El texto no pretende sintetizar la historia del término y sus usos, sino presentar una síntesis de lo que el autor considera las principales características del socialismo en tanto crítica del capitalismo, alternativa al mismo, y vía de transformación de una sociedad a otra. Prioriza los enfoques filosóficos del socialismo y la producción de las últimas cuatro décadas.

Mariátegui es mencionado en la bibliografía del artículo, bastante extensa por cierto. Son pocos los latinoamericanos incluidos allí: el Che Guevara, el subcomandante Marcos, Maristella Svampa, Martha Harnecker, Enrique Dussel, José Aricó y Silvia Federici. Y es una de las notas al pie de página

(que en la SEP se presentan en un texto diferente) en las que se alude a los aportes del socialismo latinoamericano y en particular a José Carlos:

Aunque este artículo se centra principalmente en la investigación socialista producida en América del Norte y Europa hay, por supuesto, tradiciones importantes de investigación en el Sur Global. Por ejemplo, en Latinoamérica los socialistas han influido en innovaciones constitucionales igualitarias (Gargarella 2010), exploraron la relación entre la teoría social marxista y las perspectivas de los pueblos aborígenes (Mariátegui 1928, 2010; Marcos en Le Bot 1997), e interrogaron los vínculos entre el desarrollo, la dependencia, el colonialismo y el imperialismo (Svampa 2016). Ver más Aricó (2017), Harnecker (2015) y Dussel (1998). [viii]

Particularmente útil es la referencia a la Antología de textos de José Aricó publicada el año 2018 (no el 2017 como señala la cita de SEP). Se trata de un texto de más de mil páginas que bien puede ser leído como una reiterada conversación del autor argentino con Gramsci y con Mariátegui.

No hay duda que José Carlos sigue siendo un poderoso incentivo para pensar y, sobre todo, para pensarnos a nosotros mismos.

Traducción de citas de inglés a español por Reina Jara Barrientos.

Citas originales:

[i] Bergson (...) Ortega y Gasset and the German philosophy of the spirit had substantial influence on the generation that followed that of the founders, called by Miró Quesada "the generation of forgers." Samuel Ramos (1897–1959), from Mexico, Francisco Romero (1891–1962), from Argentina, Alceu Amoroso Lima (1893–1982), from Brazil, and José Carlos Mariátegui (1894–1930), from Peru, among others, followed the founders' course, attacking positivist ideas and favoring in some instances a rather poetic philosophical style that contrasts with the scientific emphasis of positivism. They completed the process initiated by the founders and laid the foundations of future developments.

[ii] Latin America has had a long and notable history of receptivity to socialist thought. Its introduction goes back to the nineteenth century. The impact of the socialist ideas of Claude Henri de Saint-Simon (1790–1825) and Charles Fourier (1772–1873) are clearly visible in the treatise *Dogma Socialista* of Esteban Echevarría (1805–1851). In the twentieth century, Emilio Frugoni (1880–1969) in Uruguay and Mariátegui in Peru, among others, developed Marxist accounts, although frequently in heterodox terms. For example, Mariátegui allowed that there is no essential conflict between religious thought and Marxism, departing from the standard materialist, atheist commitments of orthodox Marxism. He also held that the conception of economic stages in Marx, modeled on Europe, did not apply to Peru. Although bourgeois liberal capitalism had not materialized in Peru, he held that the only way to move forward was to transition to socialism.

[iii] Despite a long-standing openness to various strands of socialist thought, it was only after 1960 that Marxism gained notable academic standing throughout Latin America. Indeed, Harold Davis claimed, plausibly enough, that Marxism became the most common ideological conviction among professionals in the decades following the 1960s. Mariátegui continues to loom large in characterizations of a distinctively Latin American form of Marxism. However, other important figures in academic Marxism emerged

in the contemporary period, including Adolfo Sánchez Vázquez (1915–2011), of Spanish origin but working in Mexico, and the Brazilian Caio Prado Junior (1907–1990). [iii] (Subrayado del autor de esta nota)

[iv] In the twentieth century, the concerns and nature of indigenous populations received more varied evaluations from philosophers. For example, Mariátegui (1971) argued that indigenous Peruvians were collectivists, "natural" communists whose economic difficulties were due in large part to the ownership, distribution and use of lands in Peru.

[v] According to distinctivists, a chief distinguishing characteristic of Latin American philosophy is—or should be—authenticity, a feature of any "philosophical product that, like any other cultural product has integrity and is devoid of falsity or pretense. In this sense, we say, for example, that Kant's philosophy is authentic, but spiritism is pseudo-philosophy" (Salazar Bondy 1968, pp. 100–101, my translation).

[vi] "All the thinkers of our America have been educated in European schools. The spirit of the race is not felt in their work. The continent's intellectual production lacks its distinguishing traits. It does not have an original profile. Hispanic-American thought is generally only a rhapsody composed from the motifs and elements of European thought. To prove this, one needs only review the work of the highest representatives of the Indo-Iberian intellect." (Mariátegui 1925, p. 113, my translation).

[vii] Although this entry focuses mostly on socialist scholarship produced in North America and Europe, there are of course important traditions of scholarship in the Global South. For example, in Latin America, socialists have influenced egalitarian constitutional innovations (Gargarella 2010), explored the relation between Marxist social theory and the perspectives of aboriginal peoples (Mariátegui 1928, 2010; Marcos in Le Bot 1997), and interrogated the links between development, dependency, colonialism, and imperialism (Svampa 2016). See further Aricó (2017), Harnecker (2015), and Dussel (1998).

Anna Chiappe, la viuda e impulsora de la obra de José Carlos Mariátegui

José Carlos Mariátegui Ezeta
Director del Archivo José Carlos Mariátegui

Anna Chiappe (originalmente escrito “Chiappa”) nació el 26 de julio de 1898 en Lucca, Italia; pasó su infancia y juventud entre Siena y Florencia, emblemáticas ciudades del paisaje toscano. Su padre Domenico Maria Chiappa tenía 72 años cuando ella nació, era 46 años mayor que su esposa, Iacopa Iacomini. Al morir Domenico, Anna quedó al cuidado de unos tíos propietarios de un restaurante campestre en Nervi. Fue en este restaurante donde conoció a José Carlos a finales de 1920.

Mariátegui tenía menos de un año viviendo en Roma, a donde había llegado como agente de propaganda periodística del Perú en Italia —una sutil forma de deportación propiciada por el gobierno de Leguía—. Su tiempo en Italia le permitió sumergirse en el estudio sistemático del marxismo. A los pocos meses de conocerse, la joven pareja se estableció en Roma, donde nace su primer hijo —Sandro Tiziano Romeo—, para luego mudarse en 1922 a Berlín.



Anna Chiappe. Fotografía: Archivo José Carlos Mariátegui

Anna Chiappe en la terraza de su casa de la Vía della Scrofa 10, Roma en febrero de 1922. (Foto: Archivo José Carlos Mariátegui).

En marzo de 1923 regresaron al Perú y Mariátegui inició su etapa intelectual más fecunda. La familia creció, Anna y José Carlos tuvieron tres hijos más: Siegfried, José Carlos y Javier. En 1924, Mariátegui sufre una grave crisis de salud que obliga a la amputación de su pierna derecha confinándolo a una silla de ruedas. A esta difícil situación se sumaban las constantes incautaciones policiales de libros y documentos personales, la reclusión en el Hospital Militar de San Bartolomé y la clausura de la revista Amauta. Los cuidados de Anna fueron fundamentales para darle a José Carlos —un hombre de salud quebrantada— la energía y voluntad necesarias para desarrollar en pocos años una prolífica labor intelectual y política como se evidencia en el poema que Mariátegui le dedicó y que publicara la revista Poliedro (dirigida por el escritor Armando Bazán) el 20 de Setiembre de 1926:

La vida que me diste

Renací, escribí, en tu carne cuatrocientista como la de la Primavera de Botticelli. Te elegí entre todas, porque te sentí la más diversa y la más distante. Estabas en mi destino. Eras el designio de Dios. Como un batel corsario, sin saberlo, buscaba para anclar la rada más serena. Yo era el principio de muerte; tú eres el principio de vida. Tuve el presentimiento de ti en la pintura ingenua del cuatrocientos. Empecé a amarte antes de conocerte, en un cuadro primitivo. Tu salud y tu gracia antigua esperaban mi tristeza de sudamericano pálido y cenceño. Tus rurales colores de doncella de Siena fueron mi primera fiesta. Y tu posesión tónica, bajo el cielo latino, enredó en mi alma una serpentina de alegría.

Por ti, mi ensangrentado camino tiene tres auroras. Y ahora que estás un poco marchita, un poco pálida, sin tus antiguos colores de Madonna toscana, siento que la vida que te falta es la vida que me diste.

.- José Carlos Mariátegui

Las dos misiones de Anna

Al morir de Mariátegui, el 16 de abril de 1930, Anna queda viuda con solo 32 años. A partir de ese momento su vida giraría en torno a dos misiones: la subsistencia de sus cuatro pequeños hijos y la difusión de la obra de Mariátegui. Por décadas, dirigió la Librería Minerva en Barranco y luego en Miraflores, que fue no solo el medio de sostenimiento familiar, sino que permitió la publicación de los escritos de Mariátegui. Desde 1943, en conjunto con sus hijos y un grupo de intelectuales amigos —como Alberto Tauro y Hugo Pesce— organizó en volúmenes los manuscritos y recortes de las revistas donde Mariátegui colaboraba para publicarlos como compilaciones bajo el sello de Empresa Editora Amauta. En 1957 se publicó por primera vez la edición popular del libro medular de Mariátegui, los 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, con un tiraje que llegó a los 50.000 ejemplares. Las obras completas del Amauta en edición popular tuvieron una difusión masiva, alcanzando un hito nunca repetido en la historia editorial peruana.

Anna Chiappe continuó trabajando hasta pasados los 80 años. Se le podía encontrar a diario en la librería Minerva —paso obligado de artistas y escritores que la visitaban—. Pese a que siempre fue distante de toda figuración, obtuvo reconocimientos por su perseverante labor, como la Orden “El Sol del Perú” en el Grado de Oficial en 1975 y la Medalla Cívica de la Ciudad de Lima en 1986. Su humildad y perfil bajo evitaba todo tipo de apariciones y declaraciones públicas.

Fueron pocas y selectas las veces que aceptaba participar en actividades públicas. El 20 de abril de 1979, fue invitada por la Federación Universitaria de la Universidad de San Marcos a develar el busto de José Carlos Mariátegui en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Anna quedó marcada y conmovida por la gran cantidad de jóvenes que asistieron a la ceremonia. Fiel a su discreción no habló en la ceremonia y le pidió al poeta Alejandro Romualdo leer unas palabras en su nombre. San Marcos resultaba un espacio simbólico, la casa de estudios albergaba la biblioteca personal de Mariátegui, donada por Anna gracias a la gestión de Jorge Basadre y que se conserva en el fondo reservado hoy de la Biblioteca Central Pedro Zulen.

El culto de Anna por la memoria de José Carlos y el

imperativo de difundir su pensamiento fundador se transformó un mandato familiar intergeneracional que se mantiene hoy en tiempos digitales en el proyecto del Archivo Mariátegui, una iniciativa que conserva y difunde de forma libre el pensamiento del Amauta para una reflexión contemporánea sobre el Perú y el mundo.

El Archivo Mariátegui cuenta con una sección dedicada a la memoria de Anna Chiappe con textos y entrevistas.



Anna y sus cuatro hijos. De izquierda a derecha: Javier Mariátegui, José Carlos Mariátegui, Anna Chiappe, Sigfrido Mariátegui y Sandro Mariátegui (detrás). Foto del año 1929. (Foto: Archivo Mariátegui).

Una guía para leer y releer a Mariátegui (Reseña)

Juan Dal Maso

17

Hacer una antología de Mariátegui no parece ser un asunto muy sencillo, por varias razones. La primera y más obvia desde el punto de vista material, es la gran cantidad de sus escritos. La segunda es la distorsión que sobre sus ideas operan distintos lentes interpretativos, acerca de la que se ha vuelto una y otra vez en diversos estudios sobre su pensamiento. La Antología organizada por Martín Bergel –y publicada recientemente por Siglo XXI editores de Argentina– sortea con eficacia estas dificultades.

Organizado con un criterio que combina el agrupamiento temático y el orden cronológico, el libro reúne en sus primeras cuatro partes algunas de las principales secciones de los libros publicados en vida por Mariátegui o que el autor estaba pronto a publicar antes de su muerte: La escena contemporánea, 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, Defensa del marxismo y El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy. La quinta parte del libro, titulada “socialismo cosmopolita”, reúne textos varios a través de los que se busca rescatar la riqueza de sus escritos, mostrando la multiplicidad de sus intereses tanto como su capacidad de reflexionar y posicionarse sobre problemas muy diversos y complejos para elaborar un mirada marxista. Esta parte está integrada por las secciones: “La edad de piedra”, “Cultura del libro y literatura mundial”, “Vanguardias estéticas, intelectuales y políticas”, “Figuras y signos de una época”, “Indigenismo, socialismo, populismo”, “Modernidades intensas”, “Nacionalismo, americanismo, cosmopolitismo”.

En el estudio preliminar, titulado “José Carlos Mariátegui: un socialismo cosmopolita”, Martín Bergel presenta varias reflexiones que explican también los criterios por los que seleccionó los textos que componen el volumen. Cabe destacar su interés por la “edad de piedra” de Mariátegui, por los efectos del aprendizaje periodístico en toda su trayectoria, etapa a la que el propio marxista peruano no dio mayor importancia posteriormente. Reivindica también sus aportes a la “cultura del libro” desde el punto de vista de su actividad editorial y por supuesto sus reflexiones sobre las vanguardias artísticas así como sobre la relación entre indigenismo, marxismo y “populismo”. Por último, propone leer a Mariátegui saliendo de los lugares preconstituidos del “primer marxista latinoamericano” y del “marxista nacional-popular” circunscrito únicamente a la realidad peruana, para bucear en el

“cosmopolitismo” de Mariátegui.

La figura del cosmopolitismo está asociada al internacionalismo proletario marxista pero no se reduce a él. Apunta a una comprensión más amplia de la época y sus novedades. Como dice Bergel, en un pasaje que puede servir de síntesis de su planteo:

“Dentro de esa apuesta, los ensayos de Mariátegui constituyen en efecto tentativas por desentrañar los contornos de la “época”, una noción omnipresente en sus escritos. El período que se ha abierto con la Gran Guerra y la Revolución Rusa, que examina sin prejuicios tanto en sus pormenores como en sus líneas directrices, requiere asimismo de “una actitud mental y espiritual radicalmente nueva”. A menudo, es la escisión entre lo que llama “dos concepciones de la vida” (una “revolucionaria” y otra “decadente”, una “encantada” y otra “desencantada”, una acorde a la atmósfera romántica de posguerra y otra encadenada anacrónicamente a la sensibilidad burguesa de la Belle Époque) la que provee la vara con que juzga la ubicación de figuras y movimientos contemporáneos, por encima incluso de divisiones ideológicas entre socialistas, liberales o fascistas. En coincidencia con esto, y contra lo que habitualmente se ha destacado, el prisma epocal de Mariátegui conlleva el predominio de categorías relativas al tiempo (lo nuevo frente a lo decrepito, el alba y lo matinal en oposición al crepúsculo, aquello que nace versus lo que eclipsa o tramonta) por sobre aquellas vinculadas al espacio y, por extensión, a una localización específicamente latinoamericana o nacional”.

El enfoque de Martín Bergel parece acertado en líneas generales, dado que es ampliamente comprobable el interés de Mariátegui por los acontecimientos internacionales de todo tipo, artísticos, científicos, culturales en sentido amplio y por supuesto políticos. Asimismo resulta sostenible la propuesta de leer las preocupaciones de Mariátegui sobre los problemas peruanos dentro de un marco internacional, lo cual también se puede constatar en su esbozo de Programa del PS de Perú y en escritos como “Punto de vista anti-imperialista” o el propio “Aniversario y balance” (que paradójicamente suele utilizarse infundadamente de manera ritual para



Mariátegui. Ilustración: Mar Ned -
Enfoque Rojo

proponer un marxismo compatible con toda clase de proyectos de conciliación con la burguesía “nacional”). Por último, el peso que en Mariátegui tiene la reflexión sobre las novedades y problema que presenta la “época”, la centralidad del enfoque epocal y temporal se sustenta en abrumadora evidencia textual, comenzando por su libro *La escena contemporánea*, que reflexiona sobre procesos, figuras políticas y corrientes literarias y artísticas estrechamente relacionadas con el panorama de la primera posguerra.

La lectura de Mariátegui como “socialista cosmopolita” pretende rivalizar con la de José Aricó, animador del grupo *Pasado y Presente* y promotor de una imagen de Mariátegui como marxista latinoamericano volcado a la comprensión de lo nacional en tanto área privilegiada de acción política y lo nacional-popular en tanto ciertos sustratos de la cultura política y las prácticas sociales de las clases populares, sin los cuales es imposible realizar un traducción del marxismo en suelo latinoamericano. La lectura de Aricó estaba influida por sus propios intereses intelectuales y políticos. Si bien siempre fue más sensible a la cuestión obrera que Portantiero (más centrado en las potencialidades de los “nacionalismos revolucionarios”), la cuestión de la traducción del marxismo a una realidad nacional específica fue una de sus principales preocupaciones.

Pero además, la interpretación de Mariátegui por Aricó tenía una funcionalidad política, que era la de acercar a Mariátegui a una estrategia de “Frente Popular” con la burguesía democrática o nacional, tal como fuera establecida en el VII Congreso de la Internacional Comunista en agosto de 1935. Sin quitarle sus indudables méritos, especialmente el de sus múltiples iniciativas para volver a poner en discusión a Mariátegui y cuestionar sobre todo las interpretaciones de apristas y stalinistas, la de Aricó es una lectura que debe ponerse en discusión para arribar a una comprensión más amplia del pensamiento de Mariátegui, y con más amplia quiero decir más cercana a sus propios parámetros.

En este sentido, la introducción de Martín Bergel resulta un aporte consistente a la temática y se sustenta en las propias concepciones de Mariátegui sobre los problemas de la revolución en América Latina, cuyas principales definiciones partían de la afirmación de la estrecha relación entre la revolución en el Perú y el subcontinente y la revolución inter-

nacional. En el mismo contexto, las peculiaridades del país (dominación imperialista, continuidad de la herencia de la colonia no resuelta por la república, punto de apoyo para el socialismo en la comunidad campesino-indígena) podían comprenderse desde la óptica de Mariátegui como parte del impacto que el desarrollo de la economía capitalista y la lucha de clases a nivel mundial habían tenido sobre la realidad peruana, constituyendo una combinación original, en una tónica similar a la del “desarrollo desigual y combinado” de Trotsky.

Partiendo entonces de que el enfoque sobre Mariátegui como “socialista cosmopolita” es sostenible y sirve para contrapesar las unilateralidades de Aricó y otros, podríamos apuntar una cuestión que en la lectura de Bergel queda en segundo plano, quizás por “torcer la vara” un poco hacia el lado del cosmopolitismo, frente a las lecturas que sostienen la interpretación contraria. En particular me refiero al lugar de lo nacional (o incluso lo nacional-popular) en el pensamiento de Mariátegui.

Si bien resulta incuestionable, porque el propio Mariátegui lo afirma en reiteradas oportunidades, que su mirada sobre los problemas nacionales está orientada por un punto de vista internacional y de época, también se puede constatar en sus textos que en determinados momentos surgen tensiones importantes entre una mirada centrada en lo nacional y otra en lo internacional (o cosmopolita, por utilizar el término que usa Martín Bergel).

Como parte de esta tensión se puede mencionar el posicionamiento de Mariátegui a propósito de los acontecimientos de la segunda mitad de la década del ‘20 en la URSS, de los que rescataremos algunos pasajes del artículo “El exilio de Trotsky”.

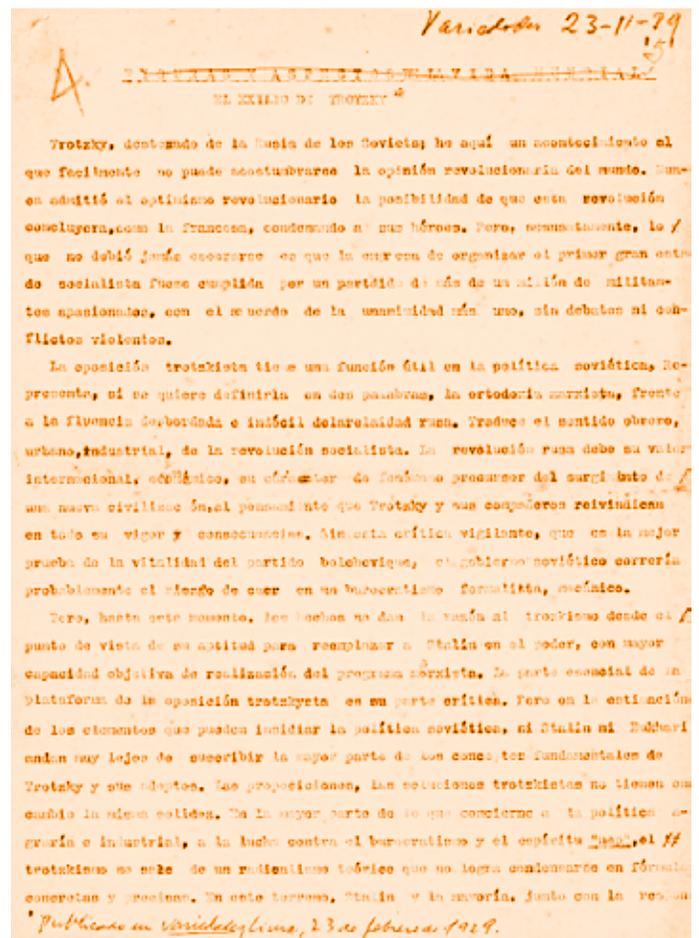
En ese texto, Mariátegui señala la importancia de la crítica trotskista en la política soviética, pero toma posición por la política de Stalin y Bujarin en lo que hace a las propuestas económico-sociales. Y al analizar la coyuntura por la que atraviesa la revolución rusa destaca:

“Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución

socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata, por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales. Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica”.

Este párrafo es sumamente interesante, porque rescata el internacionalismo de la revolución rusa al mismo tiempo que caracteriza (acertadamente en cuanto a la descripción de los hechos) el momento de repliegue sobre el plano nacional de la política oficial soviética desde 1924 en adelante. E incluso su análisis de Stalin como una figura de escaso aprendizaje internacionalista coincide con ciertas lecturas de Trotsky (y autores posteriores) al respecto. Pero yendo a la cuestión de la relación entre internacionalismo-cosmopolitismo y política nacional y nacional-popular en el plano de las opciones estratégicas, el énfasis de Mariátegui está en el segundo aspecto. La coyuntura explica la preeminencia de Stalin, pero la conceptualización de Mariátegui va más allá de eso, ya que señala como tarea histórica de la revolución (al menos por un período) la organización del socialismo en escala nacional. Y en esta situación el “cosmopolitismo” aparece para Mariátegui como una debilidad de Trotsky.

Esto no refuta el enfoque más general que propone Martín Bergel, pero sí introduce un poco de ruido en la ima-



“El exilio de Trotsky”. Archivo José Carlos Mariátegui.

gen del “socialismo cosmopolita”, que en definitiva tuvo, como no podía ser de otra manera en un pensamiento vivo y ligado estrechamente a su época, sus tensiones.

En cuanto a la dimensión teórica del “socialismo cosmopolita”, Martín Bergel destaca la amplitud de las reflexiones de Mariátegui sobre las vanguardias artísticas, su relación con la política y las discusiones sobre los problemas del marxismo a la luz de la crisis del positivismo, el surgimiento del psicoanálisis y los debates de la filosofía de su tiempo. Temas que resultan muy pertinentes para volver a leer a Mariátegui en sus propios términos, esta vez saliendo de la fantasía “decolonial” de Mariátegui como una especie de alquimista que mezcló “el mito y el logos” para hacer un marxismo particularista. Aquí podemos señalar que si bien Mariátegui eviden-

cia ciertas debilidades teóricas, sobre todo para una lectura rigurosa de la crítica de la economía política (por influencia de Croce y su interpretación de la plusvalía como “categoría moral”), su modo de posicionarse en torno a problemas como los de la relación del marxismo con las ciencias y la filosofía, es sumamente atractivo para pensar cómo intervenir desde una posición marxista en el panorama actual, en que el marxismo es considerado con suerte una más (y no la más popular) entre las “teoría críticas”.

Los elementos a destacar del modo de intervenir de Mariátegui se podrían resumir así: una apertura al diálogo con lo más destacado de la filosofía y la teoría “burguesas”; una lectura crítica del marxismo, caracterizada por la comprensión del contexto histórico de su surgimiento y la influencia que sobre él tuvieron los desarrollos de la ciencia y la filosofía que le fueron contemporáneos; un enfoque que, uniendo el nuevo contexto histórico creado por la guerra y la Revolución rusa así como el rol histórico de la teoría marxista, intenta reflexionar sobre los cambios que es necesario introducir en el plano teórico para poner al marxismo a tono con el momento histórico presente. Es en este marco que Mariátegui propone un marxismo capaz de reconocer la especificidad de las manifestaciones estéticas, en un contexto de época, una lectura de la acción política que (rescatando la problemática del mito) vaya más allá de las interpretaciones mecanicistas y deterministas vulgares del marxismo y una interpretación de la relación del marxismo con las ciencias que pretende reivindicar la objetividad científica, desde una crítica simultánea del positivismo y el irracionalismo. Todos estos temas son de gran actualidad, aunque nuestros interlocutores no sean los mismos que los de Mariátegui, en un contexto en que la ideología “decolonial” hace estragos, sobre todo en ámbitos académicos, con su notable confusión en todos los planos: teórico, político y epistemológico.

En síntesis, esta Antología de textos de Mariátegui resulta de gran utilidad tanto para quienes deseen acercarse por primera vez a sus ideas, tanto como para quienes quieran volver a leerlo y rescatarlo en su originalidad como marxista.

Gráfica, arte y vida intelectual: Amauta como artefacto (Reseña)

Adrián Gorelik

Redes de vanguardia es el catálogo de la exposición homónima que circuló desde febrero de 2019 y a lo largo de todo un año por Madrid, Lima y México, para culminar en Austin, Texas, gracias a la acción cooperativa entre el Blanton Museum of Art de Austin y el Museo de Arte de Lima, con la cooperación del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid. Las curadoras de la exposición, Beverly Adams y Natalia Majluf, son también las organizadoras del catálogo y, si lo que éste permite imaginar de aquélla lleva a lamentar no haber podido estar en el momento apropiado en ninguna de esas cuatro ciudades, la extraordinaria edición ofrece mucho más que un digno consuelo. De gran formato, sus 351 páginas reproducen a todo color y con un diseño claro y atractivo una gran cantidad de las obras expuestas, incluyendo una serie de excelentes textos críticos ilustrados con precisión, más una sección clave sobre las “redes” que dan título al emprendimiento, con información preciosa (textual y visual) sobre la trama de revistas y contactos personales que tejió Amauta en veinte países, detallados ciudad por ciudad, la mayoría latinoamericanas, pero también de Alemania, España, Italia y Estados Unidos, como un mapa en el que hubieran quedado impresas las huellas de los viajes del propio Mariátegui, ampliados por su inagotable curiosidad y por el influjo que la revista llegó a alcanzar.



Revista Amauta. Fotografía: Trama Crítica

El primer efecto perdurable del catálogo es un llamado de atención sobre la importancia de la materialidad de Amauta como revista, su calidad de artefacto, ya no para la historia del arte, sino para cualquier historia de la cultura o de los intelectuales en América Latina. Es un punto de no retorno, uno de esos momentos en los que se hace presente algo

nuevo pero que viene a llenar de tal modo una necesidad latente que ya no se puede prescindir de la transformación que produce en los hábitos de conocimiento. Ante la atracción magnética de ciertas imágenes del catálogo que reponen, aún parcialmente, gracias a la calidad de la reproducción, la fuerza corpórea de una revista tan atractiva como Amauta, es imposible dejar de sorprenderse por el larguísimo dominio de esa suerte de idealismo que primó –y me temo que prima aún– en nuestra historiografía cultural o política –muy especialmente en esa zona de la historiografía interesada por Mariátegui que, sin embargo, no dudaría de definirse como materialista– y que prescindió de toda consideración sobre los soportes tangibles de las ideas. Se trata de un punto clave que, gracias al desarrollo de la historia del libro, aprendimos no debía hacerse en el caso de ningún impreso pero que con las revistas culturales se vuelve clamoroso: ¿cuánto conocimiento sobre la revista Sur encierra el hecho de que la famosa flecha hacia abajo de la tapa fuera inspirada por la tapa de un libro de Paul Klee (Pädagogisches Skizzenbuch, de 1925), segundo de la colección que acababa de lanzar la Bauhaus en Dessau? No se trata de detectar “influencias”, esa actividad a la que se ha dedicado por tanto tiempo la historia de las ideas, obstaculizando toda comprensión compleja del modo en que ellas circulan, sino de entender algo fundamental de las revistas: que en sus imágenes, en el diseño, en los paratextos, en las elecciones y en las restricciones, estéticas o técnicas, en la publicidad, en todo aquello que aparece justamente “a la vista”, subyacen claves esenciales para entender de modo ampliado los sentidos –ocultos las más de las veces a los protagonistas– de las prácticas y de los discursos artísticos e intelectuales.

El corazón conceptual de este enfoque se encuentra en el catálogo en uno de los artículos de Majluf –“El indigenismo como vanguardia. El papel de la gráfica”–, donde con una atención a los matices que le permite registrar las mutaciones y las discordancias del indigenismo en Amauta, la gráfica es presentada no como el medio para “ilustrar” un programa ya consumado, sino como el “laboratorio desde el cual se exploraron las distintas posibilidades de un término variable y esquivo, que apenas venía de inventarse” (p. 142). Analizado a partir de la identidad visual que José Sabogal le dio a la revista, el indigenismo se vuelve, en sus empalmes y

desajustes con el pensamiento de Mariátegui, algo mucho más plural y complejo. Aparecen nuevos tipos de dificultades objetivas para su desarrollo que no suelen verse cuando el examen se atiende, como es más habitual, a los debates explícitos. En muchas otras partes del catálogo, aún sin proponerse programáticamente este tipo de enfoque, se nos hacen presentes las reverberaciones políticas y culturales de esa puesta en cuerpo de las ideas que supone una revista: desde los lazos con el mundo de la prensa que se perciben gracias al estudio de los dibujantes que hace Ricardo Kusunoki hasta los significados detrás de la elección, por parte de Mariátegui, del material gráfico para sus propios artículos, de acuerdo a lo que se muestra en uno de los estudios de Patricia Artundo; o las maneras en que Amauta tomaba partido en el debate internacional sobre el realismo, interpretadas por Silvia Dolinko a través de la presencia en la revista de varios grabados de los “Artistas del Pueblo” argentinos.

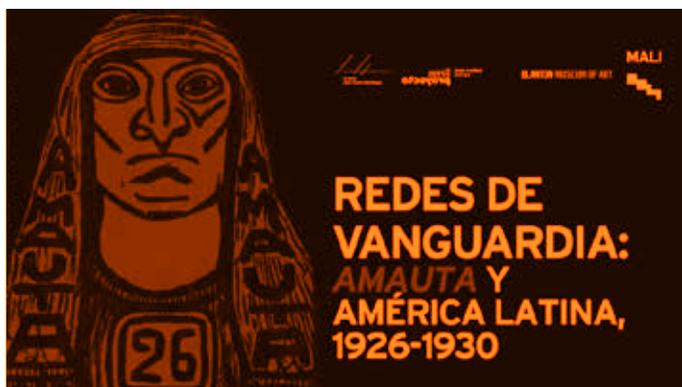
El modo en que *Redes de vanguardia* opera con sus dos nociones clave, “red” y “vanguardia”, también supone contribuciones de nota para la historia cultural. Comencemos por “vanguardia”, uno de esos términos cuyo uso ilimitado –en el arte, en la política, en la cultura– lo ha puesto al borde de la extenuación. El libro procede en este sentido con extremo rigor, con la conciencia de que se trata de restaurar la historicidad de un término que –y más tratándose de Mariátegui y de Amauta– puede significar una cosa y todo lo contrario a la vez. En cada uno de los textos se advierte la preocupación por entender los precisos contextos en que esa noción era enunciada, es decir, sus condiciones específicas de posibilidad y sus rangos localizados de significado, que es el modo de activar su productividad historiográfica. En lugar de suponer que la cualidad vanguardista se le debe adjudicar –como un galardón– a artistas que coinciden con una definición programática previa de quien escribe, se trata de descubrir si ese término era usado y en todo caso qué se buscaba, creía o podía decir con él, sus usos “nativos”, como se diría en lenguaje antropológico. Puede ser útil apelar aquí a la distinción que propuso Carlo Ginzburg, inspirado en el antropólogo Kenneth Pike, entre la función *etic* (las categorías del observador) y *emic* (las del actor): el historiador cultural apuesta siempre por la restitución de esta última, no por desprecio a la teoría, sino por rigor epistemológico, el cual le

lleva a comprender en qué parte del proceso de conocimiento ella es productiva.

Si éste es un procedimiento elemental en la historia intelectual para reconstruir el sentido de los conceptos evitando los anacronismos, con el término “vanguardia” esta aproximación se vuelve aún más importante, puesto que ha estado como pocos afectado por definiciones contenciosas, prescripciones y censuras programáticas que no se restringían al campo de los debates teóricos, sino que intervenían directamente en los modos de producción artística e intelectual, distinguiendo con ardor lo que era “vanguardia” de lo que no. Por la perenne actualidad y la naturaleza proteica de la noción, además, el fenómeno continúa operando. Se trata de un problema general que no se restringe –como puede ocurrir con otras categorías– a las “imperfectas” manifestaciones “periféricas”: no sólo el indigenismo pictórico –que es lógicamente uno de los temas centrales en *Redes de vanguardia*– necesita construir historiográficamente su lugar como vanguardia en una representación de la modernidad estética que tendió a ignorarlo. Si tomamos un texto ya clásico como el de Peter Bürger, escrito treinta años después de las refriegas vanguardistas sobre las que teoriza pero embanderado en otras nuevas que creían continuarlas, descubrimos que siguiendo su “teoría de la vanguardia” tampoco deberíamos incluir como tal al constructivismo, al neoplasticismo o a tantas otras corrientes “centrales”.

Con la puntillosa reconstrucción de los diversos usos y acepciones –explícitas o implícitas– de la noción de vanguardia en Amauta y en el resto de las revistas y grupos con los cuales estaba en comunicación fluida, *Redes de vanguardia* contribuye a desarmar de hecho las clásicas jerarquías centro-periferia, no como resultado de una reivindicación localista (“miren cuán vanguardistas somos también en América Latina”), sino como puesta en práctica de un método que lleva a entender en acto el carácter radicalmente situado, y por tanto polisémico por necesidad, de la noción de vanguardia, aquí y allá. Este ánimo subtiende todos los textos del catálogo, lo que produce una natural complementariedad que va enriqueciendo y complejizando la lectura a medida que ésta avanza: cuando se reconstruyen diversos aspectos del itinerario europeo de Mariátegui (Majluf, Artundo, Lynda Klich), sus relaciones con Pettoruti, Oliverio Girondo y

Martín Fierro (Artundo), con el futurismo italiano (Klich), con los grupos mexicanos que se movían en torno del Dr. Atl, Maples Arce, Mariano Azuela o Diego Rivera (Natalia de la Rosa), con los grabadores sociales argentinos (Dolinko), o cuando se analiza el fallido descenso de José Sabogal a Buenos Aires (Roberto Amigo). Detengámonos en este episodio que ilustra como pocos lo que venimos diciendo, ya que abre una conversación dentro del catálogo que muestra en acto la certidumbre de que la definición de vanguardia, parafraseando a Amigo, “difiere en cada territorio, geográfico y social” (p. 169).



Fuente: Internet

El “horrible fracaso” de la exhibición de Sabogal –son los términos que usó su coterráneo Alberto Hidalgo en carta a Mariátegui reproducida por Amigo–, es analizado como resultado de un doble desfasaje, entre arte y política y entre el medio limeño y el de Buenos Aires: “la incomprensión de su obra entre los modernos –escribe Amigo– lo arroja a los brazos de los artistas de la estética nacional, con sus discursos hispanistas y americanistas. Los primeros no comprenden el camino singular de la modernidad visual planteada por Sabogal para el medio peruano; los segundos se encierran en el contenido de las imágenes. Ninguno de los dos bandos estéticos comprende la carga política que pueden asumir esas imágenes porque el medio porteño la anula, la reduce a anécdota” (pp. 164-166). Cobra relevancia el trabajo de precisión desenvuelto por Majluf para entender el “vuelco radical” que significó el surgimiento del indigenismo en el Perú de los años veinte, para detallar los aportes de punta de Sabogal a la revista en la construcción de una “modernidad vernácula” (el amauta y el sembrador estilizados en las tapas

que operan “como logotipos que concentran y resumen un programa: el del indigenismo como vanguardia”, p. 141) y para distinguir las contradicciones en los roles de sus propios diseños (actualización vanguardista del indigenismo o contención de la radicalidad gráfica vanguardista) y con las ideas indigenistas de Mariátegui (que podríamos definir, tomando una figura de Oscar Terán, como el intento de detener la temporalidad burguesa conectando un pasado mítico con un futuro utópico, mientras que buena parte del indigenismo pictórico, nuevamente según Majluf, terminaría trayendo “el pasado hasta el presente para dejarlo detenido allí”, p. 83). Todo ese análisis minucioso y matizado se vuelve aún más significativo cuando advertimos, pocas páginas más adelante, que los cuatro mil kilómetros que recorrió Sabogal para llegar a Buenos Aires modificaron hasta la ininteligibilidad aquellos atributos con los que definir el lugar de su obra en Lima, convirtiéndolo en un artista irreconocible, a años luz de cualquier idea de vanguardia. Sin embargo, la alteración de los contextos geográficos e intelectuales no produce desplazamientos de sentido sólo en el caso de la vanguardia artística, y tampoco resultan siempre en la misma dirección: tenemos un ejemplo perfectamente simétrico para el caso de la vanguardia política. Como notó Martín Bergel hace ya tiempo, el fracaso de los militantes apristas Manuel Seoane y Luis Heysen en formar células en Buenos Aires y La Plata estuvo marcado, en buena medida, por el desencanto de los peruanos ante la escasa radicalidad del medio reformista argentino sobre el que habían imaginado apoyarlas. Estas corrientes inversas de radicalidad yendo y viniendo de Lima al Río de la Plata por el camino del arte o la política, muestran a la perfección la ausencia general de centro del atributo vanguardista, un vacío del cual el catálogo es muy consciente.



Fuente: México es Cultura

Finalmente, la noción de “red” es en este libro tanto un instrumento historiográfico como una condición de posibilidad, ya que el conjunto de quienes escriben en él puede pensarse también como una trama de especialistas entusiastas del arte y la cultura latinoamericanas. Cabe esperar un futuro cercano en que esta empresa sea también estudiada así, como “red”, creando una de esas escenas en abismo que tanto cautivaban a Borges. Esta suerte de duplicación es muy significativa porque demuestra hasta qué punto “red” es una noción de época, aunque la brutal irrupción de la pandemia en medio de la cual escribo esté amenazando algunos de sus modos de funcionamiento, en particular los vinculados con los desplazamientos físicos y los viajes, creando una duda razonable acerca de cómo nuestras “redes” van a salir transformadas de este momento tan especial y preocupante. Sigamos analizando lo que ha venido ocurriendo hasta aquí, pues muchos de sus efectos sin duda continuarán. Como un resultado más de la típica reflexividad moderna que estudió Giddens, pareciera que nos fuimos haciendo conscientes de la necesidad de romper los límites provincianos (nacionales) en que tan cómodamente funcionaban nuestras historiografías a lo largo de un proceso que iba cambiando los modos y los escenarios en que desarrollamos nuestro trabajo. A medida que el fuerte impulso de internacionalización fue haciendo porosos los mundos académicos, las investigaciones realizadas en otras partes se hicieron accesibles y se crearon condiciones materiales para el armado de grupos transnacionales y proyectos colectivos, los archivos dejaron de parecer sitios remotos e inaccesibles a quien vivía lejos y la posibilidad de tender miradas abarcales al movimiento de la cultura en América Latina dejó de tener como requisito la radicación fuera de ella, lo que permitió crear agendas de investigación interconectadas y multifocales. De ahí que la insistencia historiográfica reciente en postular la categoría de “red” no se deba entender sólo desde el punto de vista de las novedades teóricas (Latour y *cía.*), sino también de las transformaciones de la propia praxis intelectual y académica cuyos efectos comenzaron a verse desde más temprano. De hecho, la presencia en el catálogo de textos de Fernanda Beigel (sobre los manifiestos de Amauta) y Horacio Tarcus (sobre las relaciones de Mariátegui con Samuel Glusberg y Waldo Frank en el contexto del surgimiento de la revista Sur)

pareciera querer atestiguarlo, ya que se trata de dos figuras que hace décadas vienen tendiendo redes en el pensamiento latinoamericano, pues sin duda siempre lo han pensado como tal, como una malla que puede estar más o menos tensa por épocas y cuya preservación y fortalecimiento es una parte fundamental de las labores intelectuales. Cuánto más evidente se vuelve esta conexión cuando hablamos de revistas culturales que siempre se han pensado a sí mismas como nodos de una red: hace ya veinte años Claudia Gilman escribía en su magnífico *Entre la pluma y el fusil* que analizar cualquier revista “implica la necesidad de desplazarse por la gigantesca red de las revistas latinoamericanas”. Cabe señalar que Gilman habla allí de las revistas de las décadas de 1960 y 1970, por la intensísima circulación de textos y debates que tuvieron entonces (sin duda fue una de esas épocas en que la “malla” estaba muy tensa). No creo que fuerce su razonamiento si lo extendiendo a todas las revistas (finalmente, los años veinte que vieron la salida de Amauta también significaron una de esas épocas de gran tensión intelectual continental).

Finalmente, la noción de “red” es en este libro tanto un instrumento historiográfico como una condición de posibilidad, ya que el conjunto de quienes escriben en él puede pensarse también como una trama de especialistas entusiastas del arte y la cultura latinoamericanas. Cabe esperar un futuro cercano en que esta empresa sea también estudiada así, como “red”, creando una de esas escenas en abismo que tanto cautivaban a Borges. Esta suerte de duplicación es muy significativa porque demuestra hasta qué punto “red” es una noción de época, aunque la brutal irrupción de la pandemia en medio de la cual escribo esté amenazando algunos de sus modos de funcionamiento, en particular los vinculados con los desplazamientos físicos y los viajes, creando una duda razonable acerca de cómo nuestras “redes” van a salir transformadas de este momento tan especial y preocupante. Sigamos analizando lo que ha venido ocurriendo hasta aquí, pues muchos de sus efectos sin duda continuarán. Como un resultado más de la típica reflexividad moderna que estudió Giddens, pareciera que nos fuimos haciendo conscientes de la necesidad de romper los límites provincianos (nacionales) en que tan cómodamente funcionaban nuestras historiografías a lo largo de un proceso que iba cambiando los modos y

los escenarios en que desarrollamos nuestro trabajo. A medida que el fuerte impulso de internacionalización fue haciendo porosos los mundos académicos, las investigaciones realizadas en otras partes se hicieron accesibles y se crearon condiciones materiales para el armado de grupos transnacionales y proyectos colectivos, los archivos dejaron de parecer sitios remotos e inaccesibles a quien vivía lejos y la posibilidad de tender miradas abarcales al movimiento de la cultura en América Latina dejó de tener como requisito la radicación fuera de ella, lo que permitió crear agendas de investigación interconectadas y multifocales. De ahí que la insistencia historiográfica reciente en postular la categoría de "red" no se deba entender sólo desde el punto de vista de las novedades teóricas (Latour y *cía.*), sino también de las transformaciones de la propia praxis intelectual y académica cuyos efectos comenzaron a verse desde más temprano. De hecho, la presencia en el catálogo de textos de Fernanda Beigel (sobre los manifiestos de Amauta) y Horacio Tarcus (sobre las relaciones de Mariátegui con Samuel Glusberg y Waldo Frank en el contexto del surgimiento de la revista *Sur*) pareciera querer atestiguarlo, ya que se trata de dos figuras que hace décadas vienen tendiendo redes en el pensamiento latinoamericano, pues sin duda siempre lo han pensado como tal, como una malla que puede estar más o menos tensa por épocas y cuya preservación y fortalecimiento es una parte fundamental de las labores intelectuales. Cuánto más evidente se vuelve esta conexión cuando hablamos de revistas culturales que siempre se han pensado a sí mismas como nodos de una red: hace ya veinte años Claudia Gilman escribía en su magnífico *Entre la pluma y el fusil* que analizar cualquier revista "implica la necesidad de desplazarse por la gigantesca red de las revistas latinoamericanas". Cabe señalar que Gilman habla allí de las revistas de las décadas de 1960 y 1970, por la intensísima circulación de textos y debates que tuvieron entonces (sin duda fue una de esas épocas en que la "malla" estaba muy tensa). No creo que fuerce su razonamiento si lo extendiendo a todas las revistas (finalmente, los años veinte que vieron la salida de Amauta también significaron una de esas épocas de gran tensión intelectual continental).

Ahora bien, noción de época o no, los textos del libro parecen estar prevenidos sobre uno de sus rasgos más pro-

blemáticos: pese al carácter heurístico que muchos de sus promotores le asignan, la noción de "red" no puede sino cumplir una función apenas descriptiva; permite desplegar el circuito conectivo en que funciona toda cultura, pero no dice nada acerca de las relaciones que se juegan entre los diversos nodos que la componen de modo rizomático. Si tomamos una noción como la de "campo intelectual" –en auge en temporadas anteriores– se hace sencillo notar la diferencia: en este caso, la propia noción presupone una geometría muy precisa de las relaciones que se trazan entre las personas, las instituciones y las prácticas que integran el "campo". Esta cualidad explicativa, que tiene una potencia analítica mucho mayor, aplicada en contextos institucionales débiles, como son en general los de la cultura de nuestros países, o directamente inexistentes, como sería el caso de un "campo" latinoamericano, puede llegar a generar tergiversaciones importantes. En su neutralidad descriptiva, en cambio, la noción de "red" no arrastra connotaciones valorativas, pero requiere a cambio una fuerte apuesta interpretativa: como vimos en el caso de Sabogal, de poco sirve saber cuáles eran sus contactos en Buenos Aires si no entendemos cómo se construyó la relación con cada uno de ellos y la magnitud del malentendido que atravesó a todos. Lo mismo ocurre con las relaciones entre Amauta y Martín Fierro o las revistas mexicanas: ese segundo paso interpretativo, decisivo en una historia intelectual, se realiza con sagacidad en los textos críticos del libro, al mismo tiempo que se pone a disposición una enorme cantidad de información sobre los vínculos reconstruidos (e insisto aquí sobre el valor de la sección "Redes"), los cuales permiten hacerse nuevas preguntas, imaginar nuevas indagaciones y multiplicar las hipótesis.

Para lograr todo esto, *Redes de vanguardia* capitaliza una conjunción afortunada de novedades contingentes: en primerísimo lugar, la consolidación de un campo sofisticado de estudios históricos del arte en América Latina, de la que las editoras y colaboradores son figuras prominentes; en segundo lugar, los avances de los estudios de historia del libro y la edición que han favorecido, como ya mencionamos, esta suerte de impronta materialista en la historia cultural; y en tercer lugar, aunque de no menor importancia, por supuesto, el afianzamiento de las perspectivas eruditas en los estudios mariateguianos que, sin eliminar la necesaria carga política

–y por tanto, la fuerte inversión ideológica de quien ingresa a ese mundo fascinante–, hace ya tiempo que vienen permitiendo aproximaciones secularizadas (podríamos decir, por tanto, críticas de a esa figura clave de la vida intelectual latinoamericana). Redes de vanguardia ha sido posible por todo esto, al tiempo que realiza nuevos y enriquecedores pasos en cada uno de esos frentes.



Fotografía: Archivo José Carlos Mariátegui.

Carta a Mariátegui, en tiempos de pandemia (Ganador - Concurso Escríbele a Mariátegui)

Luis Gárate

Hola José Carlos, te escribo estas líneas con afecto pero con mucha preocupación. Estamos en mayo del año 2020 y el futuro próximo parece tan incierto.

Han pasado 90 años de tu partida, tantas cosas han pasado desde entonces. Cuántos sueños frustrados, cuántas luchas derrotadas. Tanta violencia y penas que ha vivido nuestro pueblo. Ya ni las podemos contar.

Qué dirías hoy si vieras a nuestro país sumido en la incertidumbre y el desconcierto producto de una pandemia de origen internacional. Casi todos lo dicen, estamos atravesando uno de los hechos más dramáticos de la historia, que está afectando a la humanidad entera y sobre el que aún no se pueden hacer predicciones de cómo terminará.

Tú viste otras pandemias y sufriste una enfermedad que te tuvo muy delicado durante tu niñez, y luego en la adultez te llevó a andar en silla de ruedas. Supiste lo que era vivir confinado largo tiempo en un centro de salud, y a pesar de tus limitaciones físicas pudiste hablar con tanta gente, articular tantos esfuerzos, acercarte tanto a nuestra realidad y plantear una salida, un camino.

Viviste y estudiaste una de las peores crisis que ha tenido el capitalismo, viste de cerca el nacimiento del fascismo y lo más oscuro de su prédica y acción. Pero a su vez viste de cerca como bullían las esperanzas de los obreros, campesinos e intelectuales cuando empezaron a ganar algunas de las revoluciones y las luchas sociales de entonces.

Hoy el mundo parece más interconectado, las tecnologías han revolucionado exponencialmente todo, pero sin embargo hay más hambre y explotación del trabajo que en tu tiempo. Todas las formas de vida en el planeta se ven amenazadas por el cambio climático y la voracidad desmedida de las industrias. Pareciera que hay un renacer del fascismo y de las ideas más oscuras del pasado, mientras los trabajadores parecen perdidos y desorganizados. Hay más cosas que comprar, pero también más precariedad de la vida. Vivimos una época de consumismo y de abundancia material, pero por otro lado de extrema pobreza espiritual y moral.

¿Qué dirías José Carlos si aún vivieras, y vieras todo lo que está pasando? ¿Perderías las esperanzas? ¿Dejarías de pensar, de escribir y organizar como lo hiciste en tu momento? Yo creo que no. Hoy, que la pandemia nos ha traído muerte y temor, parece no haber salidas, que nada se puede

hacer para enfrentar al sistema establecido o a los que manejan las riendas del poder global y nacional, José Carlos tu vida y tu pensamiento nos transmite fuerza y vitalidad para seguir pensando, estudiando la realidad, alzando nuestra voz para demandar justicia social y un nuevo orden de las cosas.

Te mando un cálido abrazo José Carlos, siempre te llevo en el recuerdo.

Lima, 17 de mayo de 2020



SERVICIOS DEL MUSEO

Visitas guiadas a grupos (previa cita)

Proyección de videos, talleres y charlas educativas sobre la vida del Amauta (previa cita)

Biblioteca José Carlos Mariátegui (textos sobre el Amauta y otras materias en general).

Realización de actividades culturales: conferencias, seminarios y exposiciones.

HORARIO DE ATENCIÓN

Martes, jueves y viernes
9:00 a.m. a 3:00 p.m.

 facebook.com/mariategui

 twitter.com/casamariategui

Todos los boletines se encuentra online en:

 issuu.com/casamariategui

 <http://casamariategui.cultura.gob.pe>



José Sabogal
José Carlos Mariátegui
ca. 1947, Xilografía.

Domingo 04

Mua Museos Abiertos
CINE FORUM LLAMANANI
"EL CAMINO DE LA LLAMA"

Participantes:

José Antonio Salazar Mejía David Suarez Tomailla
Roberto Aldave

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui
11:00 a.m.

Jueves 08

Exposición colectiva de pintura
FOLIO A y B / Exposición Nacional de
Arte Collage Perú

Organiza: Grupo Colorbox y Museo José Carlos Mariátegui

Hora: 7:00 p.m.

Sábado 10

Taller escritura creativa
"CAUDAL DE LETRAS"

Dirección: Maestro Luis Yáñez

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui
Hora: 6:00 p.m.

Jueves 15

Conversatorio en torno al libro de
Víctor Vich

CÉSAR VALLEJO:

UN POETA DEL ACONTECIMIENTO

Participantes: Dr. Víctor Vich (Pontificia Universidad Católica del Perú), Mg. Marcos Mondoñedo (Universidad Nacional Mayor de San Marcos), Dr. Enrique Foffani (Universidad de Buenos Aires-Argentina)

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui
Hora: 6:00 p.m.

Viernes 16

PRESENTACIÓN DEL BOLETÍN N° 102
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y
EL PERIODISMO

Participan: Ernesto Romero y Alfredo Alvarez

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui
Hora: 6:00 p.m.

Conferencia

ESQUEMA DE LA EVOLUCIÓN
ECONÓMICA.

EL PROBLEMA DEL INDIIO
EL PROBLEMA DE LA TIERRA

Participan: Raymundo Prado, Eduardo Cáceres,
Gustavo Espinoza, Manuel Velásquez y

Jorge Luis Salgado

Organiza: Asociación Amigos de Mariátegui
Museo José Carlos Mariátegui

Hora: 7:00 p.m.

Miércoles 21

Clausura del taller creación poetica

CAUDAL DE LETRAS

NIVEL V

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui y Alianza
Tlacuiloque (México)

Hora: 6:00 p.m.

Viernes 23

Conferencia

UNA VISIÓN DE LA
LITERATURA PERUANA

Ponente: Raúl Jurado Parraga

INTERPRETACION DE POESIA PERUANA POR AC-
TORES

Participan: Segundo Vara, César Reyes y
Alfredo Ormeño

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui
Hora: 7:00 p.m.

Sábado 24

Clausura taller escritura creativa
"CAUDAL DE LETRAS"

Dirección: Maestro Luis Yáñez

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui
Hora: 6:00 p.m.

Jueves 29

Conferencia

LA APRECIACIÓN ARTISTICA HOY.
"UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA"

Ponente: Manuel Pablo Marcos Percca

Organiza: Museo José Carlos Mariátegui
Hora: 7:00 p.m.

"Pienso que no es posible aprehender en una teoría el entero nuevo panorama del mundo contemporáneo. Que no es posible, sobre todo, fijar en una teoría su movimiento. Tenemos que explorarlo y conocerlo, episodio por episodio, faceta por faceta, siempre en retardo respecto de la totalidad del fenómeno, Por consiguiente, el mejor método para explicar y traducir nuestro tiempo es, tal vez, un método un poco periodístico y un poco cinematográfico"

José Carlos Mariátegui. "La escena contemporánea"